COLECCION

DE LAS MEJORES COMEDIAS

DEL

TEATRO ANTIGUO

Y

MODERNO ESPAÑOL.



MADRID:

Librería de D. J. Cuesta, calle de Carretas, n.° 9:
Depósito central de toda clase de comedias, zarzuelas, óperas y sainetes, tanto del Teatro antiguo como moderno.

COMEDIAS DEL TEATRO MODERNO.

Abate l' Epeé.
Acelina.
Adolfo y Clara ó los dos presos.
Agamenon (tragedia).
Ali-Bek.
Amantes generosos.
Amor y la intriga.
A la vejez viruelas.
A Madrid me vuelvo.
Abenabó.
Alfredo.
Amores de Sopeton.
Actriz, militar y beata.
Amante misterioso.
Arturo ó los remordimientos.
Al pié de la letra.
Amor por el tejado ó la Marcela.
Andaluza en el laberinto.
Atahualpa (tragedia).
Bandolero.
Borrascas de un Bodegon.
Bravío de Sevilla.
Bella labradora.
Blanca y Montcasin (tragedia).
Bosque peligroso.
Cecilia y Dorsan.
Califa de Bagdad. (ópera).
Chismoso (El).
Clementina y Desormes.
Cadma y Signoris.
Calavera (El).
Caliche.
Camila (tragedia).
Casamiento por fuerza.
Castillos en el aire.
Citas (Las).
Citas debajo del olmo.
Cocinero (El) y el secretario.
Condesa de Castilla.
Coquetismo y presuncion.
Costumbres de antaño.
Cuantas veo tantas quicro.
Caer en el garlito.
Caer en sus propias redes.
Celos.
Ciego.
Cuentas del zapatero.
Cartas del Conde-Duque.
Cada mochuelo á su olivo.
Carnaval de Nápoles.
Celos del tio Macaco.
Cigarrera de Cádiz.
Con título y sin fortuna.
Cuakero y la cómica.
Chaquetas y fraques.
Duque de Viseo.
Deber y la naturaleza.
Don Dieguit o.
Don Pedro de Portugal (tragedia).
De una afrenta dos venganzas.
Dos muertos y ningun difunto.
Duque de Altamura.
Don Sancho García de Castilla.
Doña María Pacheco.
Dorotea (La).
Dos preceptores.
Dos sárgentos franceses.
Don Sancho el Bravo.
Don Tello de Guzman.
Doncel de Don Fernando (El).
Dos compadres.
Dos Seminaristas.
Dido.
Doña Inés deCastro.
Dos sobrinos.
Del Rey abajo ninguno, García del Castañar. (Corregida por Hartcenbuch).

NO HAY BURLAS

CON EL AMOR.

PERSONAS.

Don Alonso de Luna.
Don Juan de Mendoza.
Don Luis.
Don Diego.
Don Pedro Enriquéz.
Doña Beatriz.
Doña Leonor.
Moscatel, criado de don Alonso.
Ines, criada de Don Pedro.

La escena es en Madrid, y el trage á la española antigua.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Don Alonso y Moscatel, muy triste.

Alonso.

Valgate el diablo ¿qué tíenes,
que andas todos estos dias
con mil necias fantasias?
Ni á tiempo á servirme vienes,
ni á propósito respondes;
y por errarlo dos veces,
si no te llamo, pareces;
y sí te llamo, te escondes,
¿Qué es esto? Dilo.

Moscatel.

¡Ay de mi!
Suspiros, que el alma debe.

Alonso.

¿Pues un picaro se atreve
á suspirar hoy asi?

Moscatel.

¿Los pícaros no tenemos
alma?

Alonso.

Sì para sentir;
y con rudeza decir
de su pena los estremos;
mas no para suspirar,
que suspirar es accion
digna de noble pasion.

Moscátel.

¿Y quién me puede quitar
la noble pasion á mi?

Alonso.

¡ Qué locuras !

Moscatel.

¿ Hay señor ¿
mas noble pasion, que amor?

Alonso.

Pudiera decir que sì ;
mas para ahorrar la cuestion,
que nó, digo.

Moscatel.

¿ Que nó ? ¿ Luego
si yò á tener amor llego,
noble será mí pasion ?

Alonso.

¡ Tú amor !

Moscatel.

Yo amor.

Alonso.

Bien podia,
si aquì tu locura empieza,
reirme hoy de tu tristeza
mas que ayer de tu alegría.

Moscatel.

Como tu nunca has sabido
que es estar enamorado,
como siempre has estimado
la libertad que has tenido ;
tanto, que los dulces nombres
de amor, fueron tus placeres
burlarte de las mugeres
y reirte de los hombres ;
de mi te ries, que estoy
de veras enamorado.

Alonso.

Pues yo no quiero criado
tan afectuoso : hoy
de casa te has de ir.

M scatel.
Advierte....
Alonso.
No hay ahora que advertir.
Moscatel.
Mira...
Alonso.
¿ Qué querrás decír ?
Moscatel.
Que se ha trocado la suerte
al paso, pues siempre dió
el teatro enamorado
al amo libre el criado,
no tengo la culpa yo
de esta mudanza; y así
deja que hoy el mundo vea
esta novedad, y sea
yo el galan, tú el líbre.
Alonso.
Aqui
hoy no has de quedar.
Moscatel.
¿Tan presto,
que aun de buscar no me das
otro amo tiempo?
Alonso.
No hay mas
de irte al instante.

ESCENA II.

Dichos y don Juan.

Juan.
¿ Qué es esto ?
Alonso.
Es un pícaro que ha hecho
la mayor bellaquería,

bajeza y alevosía
que cupo en humano pecho;
la mas enorme traicion
que haber pudo imaginado.

Juan.

¿Qué ha sido?

Alonso.

Hace enamorado:
mirad si tengo razon
de darle tan bajo nombre;
pues no hace alevosía,
traicion ni bellaquería,
como enamorarse un hombre.

Juan.

Amor es quien dá valor
y hace al hombre liberal,
cuerdo y galan.

Alonso.

Pesia tal:
de los milagros de amor
la comedia me habeís hecho;
que fué un engaño culpable,
pues nadie hizo miserable
de avaro y cobarde pecho
al hombre, sino el amor.

Juan.

¿Qué es lo que decis?

Alonso.

Oid,
y este discurso advertid,
vereis cual prueba mejor.
El hombre que enamorado
está, todo cuanto adquiere,
para su dama lo quiere,
sin que á amigo ni á criado
acuda, por acudir
á su gusto; luego es

miserable amando, pues
no es, ni se puede decir
virtud la que no es igual:
y miserable no ha habído
mayor, que el que solo ha sido
con su gusto liberal.

Juan.

A vuestra sofistería
nada quiero responder,
don Alonso, por no hacer,
agravio á la pena mia,
del amor, y si en su historia
discurro, temo quedar
vencido, y no quiero dar
yo contra mì la victoria.
A buscaros he venido
para consultar con vos
un pesar; mas viendo ¡ ay Dios!
que de mi amor ha nacido,
le callaré; porque quien
dá á un criado tal castigo,
mal escuchará á un amigo.

Alonso.

No escuchará sino bien,
que no es todo uno, Don Juan,
ser vos el enamorado,
ó el vengarse de un criado:
que vos sois noble, galan,
rico, discreto; y en fin,
vuestro es amar y querer;
¿ mas porqué ha de encarecer
el amor la gente ruin?
Y porque sepais de mí
que trato de un mismo modo
burlas y veras, á todo
me teneis, don Juan, aquí.
Salte allá fuera.

Juan.

Dejad
que me oiga Moscatel,
que á vos os busco y á él.

Alonso.

Pues proseguid.

Juan.

Escuchad.
Ya, don Alonso, sabeis
cuan rendido prisionero
de la coyunda de amor
el carro tiré de Venus:
tan fácil victoria suya,
que no sé cual fué primero,
querer vencer ó vencerme,
que un tiempo sobró á otro tiempo.
Ya sabeis que la disculpa
de tan noble rendimiento,
fué la beldad soberana,
fué el soberano sugeto
de doña Leonor Enriquez,
hija del noble don Pedro
Enriquez, de quien mi padre
amigo fué muy estrecho.
Este pues, milagro hermoso,
este pues, prodigio bello,
es la dicha que conquisto,
ès la gloria que deseo.
No os digo que venturoso
amante ¡Ay de mí, merezco
favores suyos, que fuera
descortés atrevimiento
que los merezco, decir;
que aunque es verdad que los tengo,
tenerlos es una cosa,
y otra cosa merecerlos;
y así que los tengo digo,

qne los merezco, no puedo,
que es conseguir lo imposible,
dicha, y no merecimiento.
Con este engaño, llevado
en las alas del deseo,
lisongeado de la noche,
aplaudido del silencio,
festejado de las sombras,
á quien mas favores debo
que al sol, que á la luz, que al dìa,
vivo de saber que muero,
hasta que mas declarado
pueda á rostro descubierto
pedirla á su noble padre,
de quien no dudo ni temo
que me la dé, porque iguales
haciendas y nacimientos,
no hay que esperar donde amor
tiene hechos los conciertos.
La causa de no pedirla
y casarme desde luego
con ella, es; aquí entra ahora
la pension de este contento,
el subsidio de esta dicha
y el azár de aqueste encuentro,
tener Leonor una hermana
mayor, y como no es cuerdo
discurso querer que case
á la segunda primero,
no me declaro con él;
porque si á pedirle llego
alguna de sus dos hijas;
que claro está que no tengo
de decir á la que adoro,
por ser la mayor, es cierto,
que me ha de dar á Beatriz;
y si digo que no quiero

sino á Leonor, es hacer
sospechoso mi deseo,
dispertando la malicia
que hoy yace en profundo sueño;
y quizá perder la entrada
que ahora en su casa tengo,
sino es ya que está perdida
con el mas triste suceso
de amor que me pasó anoche:
que es la pena con que vengo
buscandoos, oidme, que aquí
os he menester atento:
Beatriz, de Leonor hermana,
es el mas raro sugeto
que vió Madrid, porque en él,
siendo bellisima, y siendo
entendida, estan hechados
á perder por los estremos
de una estraña condicion,
belleza y entendimiento.
Es doña Beatriz tan vana
de su persona, que creo
que jamás á ningun hombre
miró á la cara, teniendo
por cierto, que allí no hay mas
de verle ella y caerse muerto.
De su ingénio es tan amante,
que por galantear su ingénio,
estudió latinidad,
é hizo castellanos versos:
tan afectada en vestirse,
que en todos los usos nuevos
entra, y de ninguno sale;
cada dia, por lo menos,
se riza dos ó tres veces,
y ninguna á su contento.
Los melindres de Belisa,

que fingió con tanto acierto
Lope de Vega, con ella
son melindres muy pequeños;
y con ser tan enfadosa
en estas cosas, no es esto
lo peor, síno el hablar
con tan estudiado afecto,
que critíca impertinente
varios poetas leyendo;
no habla palabra jamas
sin frases y sin rodeos,
tanto, que ninguno puede
entenderla sin comento:
la lisonja y el aplauso
que la dan algunos necios,
tan soberbia, tan ufana
la tienen, que en un desprecio
de la deidad del amor,
comunera es de su imperío.
Esta tema á todas horas,
este enfado á todos tíempos
aborrecible la hacen,
tanto, que no hay dos opuestos
tan contrarios, como son
las dos hermanas, haciendo
por instantes el estrado
la campaña de su duelo.
Ha dado, pues, yo no sé
si es necia envídia ó si celo,
en asistir à Leonor
de suerte, que no hay momento
que no ande en alcance suyo
sus acciones inquiriendo,
tanto, que al sol de sus ojos
es la sombra de su cuerpo.
Anoche, pues, en su calle
entré embozado y secreto;

y haciendo al balcon la seña,
donde hablar con Leonor suelo;
la ventana abrio Leonor,
y yo á la ocasion atento
llegué á hablarla; pero apenas
la voz esplicó el concepto
que estudiado, y no sabido,
no me cabia en el pecho,
cuando tras ella Beatríz
salió, y con tan notable estruendo
la quitó de la ventana,
dos mil locuras diciendo,
que si yo entendí el estilo
con que las dijo, sospecho
que fueron, que ella á su Padre
diria el atrevimiento.
No sé si me conoció,
y asi cuidadoso temo
el saber, ó no saber,
en que ha parado el suceso:
por cuya causa no voy
á visitarla, temiendo
su enojo, pero tampoco
à dejar de ir me resuelvo,
porque si acaso ha llegado
á su noticia mi intento,
la vida del dueño mio
no dudo que corra riesgo:
y asi porque en ir ó estarme
hay peligro, elijo un medio,
que es, enviar este papel
disimulado y secreto;
que aun no va de letra mia,
para cuyo efecto quiero
á Moscatel que le lleve,
valiendose de su ingenio,
y se le dé á Inés: criada

de Leonor, porque no siendo
conocido por criado
mio, no hay que tener miedo.
Y asi que le déis licencia,
don Alonso, es lo que os ruego,
y que conmigo en la calle
os halleis, por que si llego
á saber que está Leonor
en peligro, estoy resuelto
á sacarla de su casa,
aunque todo el mundo entero
lo estorve; y para esta accion
he elegido el valor vuestro:
mi amigo sois, don Alonso,
y bien conocido tengo,
que las burlas del buen gusto
son las veras del acero.

Alonso.

Moscatel, ese papel
toma, en casa de don Pedro
Enríquez, con la invencion
que te ofreciere tu íngenio,
entra, y dale á esa criada
que dice don Juan.

Juan.

¿Tan presto
lo disponeis?

Alonso.

Si ha de ser,
¿cuanto es mejor que sea luego?
Toma el papel, con nosotros
ven.

Moscatel.

Aunque temer no puedo
el peligro, pues Inés,
que es de mis sentidos dueño,
es la que voy á buscar,

amor me dé atrevímiento.

Alonso.

Guiad ahora hácia la calle.

Juan.

¿Que amigo tan verdadero!

Alonso.

¡Que amores tan enfadosos!
Si me oyeron, no me oyeron:
bien haya yo que en mi vida
he enamorado con riesgo,
sino dama á todo trance,
sino moza à rodo ruedo,
que á la primera vísita
llámo recio y hablo recio;
y el haber en mi, ó no haber;
ó temor ó atrevimiento,
no consiste en otra cosa,
que haber ó no haber dinero.

Juan.

Esta es la calle, porque
no nos vean estarémos
en algun portal metidos,

ESCENA III.

Dichos, don Luis y don Diego, y pasan quitándose los sombreros.

Alonso.

Decis bien ¿ mas quién son estos
que parece que á la casa
de Leonor miran atentos?

Juan.

Este es un don Luis Osorio,
à quien muy contiuuo veo
en la calle aquestos dias,
y ha dado, viven los cielos,
en cansarme.

Alonso.

¿ Pues hay mas
de que tambien le cansemos
nosotros á él.

Juan.

Dejadlo ,
que no es de estas cosas tiempo;
pasemos de largo , y no
demos que decir.

Alonso.

Pasemos ,
aunque con tantas figuras
pueda ser hombre.

Juan.

Tú luego
darás la vuelta , y darás
el papel á Inés.

Moscatel.

Me temo....

Juan.

No hay que temer , aquí estamos
á la vista , éntrate presto.

ESCENA IV.

Don Luis y don Diego.

Luis.

Esta es la capáz esfera ,
este el abreviado cielo
de la mas bella deidad ,
y del planeta mas bello
que vió el sol desde que nace
en jóven golfo de fuego ,
hasta que abrasado muere
en canas hondas de yelo ,
y con ser tal su hermosura ,
en ella ha sido lo menos ,
porque pudiera ser fea.

en fé de su entendimiento.

Diego.

¿Y en fin, muger tan discreta
servís para casamiento?

Luis.

Por conveniencia y amor
la sirvo y la galanteo,
para cuyo efecto ya
han de tratarlo mis deudos.

Diego

Pues no sé si lo acertais.

Luis.

¿Porqué no, si en ella veo,
virtud, nobleza y hacienda,
gran beldad y gran ingénio?

Diego.

Porque el ingénio la sobra,
que yo no quisiera, es cierto
que supiera mi muger
mas que yo, sino antes menos.

Luis.

¿Pues cuando el saber es malo?

Diego.

Cuando fué el saber sin tiempo;
sepa una muger hilar,
coser y hechar un remiendo,
que no ha menester saber
gramática ni hacer versos.

Luis.

No es ejercicio culpable
donde es tan noble el esceso,
que no tiene inconveniente.

Diego.

Ni yo que le tenga pienso,
pues antes sé lo contrario
del rigor y del desprecio
con que os trata.

Luis.

Ese desden
adoro: la vuelta demos
á la calle, no otra vez
pasen estos caballeros,
que ya miro con cuidado.

Diego.

Vamos pues.

Luis.

Hermoso centro
de la ingratitud que adoro,
presto á tus umbrales vuelvo.

ESCENA V.

SA ON EN CASA DE DON PEDRO.

Leonor é Inés.

Leonor.

¿Está mi hermana vestida?

Inés.

Tocándose ahora quedó,
y por no podrīrme yo
de ver cuan desconocida
pide uno y otro consejo
á su espejo, la dejé

Leonor.

Qué nécio con ella fué
á todas horas su espejo.

Inés.

¿Cómo nécio?

Leonor.

¿No lo es
quien en gusto de un pesar
no sabe un consejo dar
á quien se le pide, Inés?
Pues si á Beatríz la he pedido
mil consejos cada dia,
y á tan contínua porfia

nunca á gusto ha respondido;
muy nécia es.

Ines.

Ahora reparé
la causa.

Leonor.

¿Cuál puede ser?

Ines.

Que no os debeis de entender,
que ella habla culto, tú claro,
y asi os estais todo el dia
porfiando las dos

Leonor.

¡Quién fuera,
tan felíz que no tuviera
mas cuidado! ¡Ay Inés mia!
con cuanto temor estoy
de que aquesta melindrosa,
esta crítica enfadosa,
á mi padre cuente hoy
lo que anoche me escuchó
al balcon hablar.

Ines.

Supuesto
que haber salido tan presto
mi señor de casa, dió
lugar para prevenir
el lance, y que no ha tenido
tiempo de haberlo sabido,
procuremos desmentir
su malicia con alguna
invencion.

Leonor.

Ya he imaginado;
y digo que no he hallado
á propósito ninguna,
porque ¿cómo la he de hallar.

si ella misma quien vió fué
á don Juan?

Ines.

Lo que se vé,
es lo que se ha de negar
con brio y con desenfado,
procurando desacello:
lo que no llegan á vello,
señora, se está negado.

Leonor.

El medio ¡ay de mí! mejor,
que me ofrece el pensamiento,
es Inés, con rendimiento,
dueño hacerla de mi amor,
de mi empleo y esperanza,
pues es hacer en efecto
puerta de hierro á un secreto,
él hacer de él confianza.
¿Y qué he de hacer? ¡ay de mí!
Inés, si esta industria sola
es la que me queda?

ESCENA VI.

Dichos y doña Beatriz con un espejo en la mano mirándose en él.

Beatriz.

Ola,
¿no hay una fámula aqui?

Ines.

¿Qué es lo que mandas?

Beatriz.

Que abstraigas
de mi diestra liberal
este hechizo de cristal,
y las quirotecas traigas.

Inés.

¿Qué son quirotecas?

Beatriz.

¿Qué?
los guantes, ¡qué haya de hablar
por fuerza en frase vulgar!

Inés.

Para otra vez lo sabré:
ya estan aquí.

Beatriz.

¡Cuánto lidio
con la ignorancia que hay!
¿Ola, Inés?

Inés.

¿Señora?

Beatriz.

Trae
de mi biblioteca á Ovidio;
no el Metamorfosis, no,
ni el Arte amaudi pedí,
el Remedio amoris sí,
que ese le investigo yo.

Ines.

¿Pues cómo he de conocer
libro, si es que eso has pedido,
si aun el cartel no he sabido
de úna comedia leer?

Beatriz.

Obscura, idiota y lega,
¿no te medra cada dia
la concomitancia mia?

Leonor.

Ahora mi papel llega.
¿hermana?

Beatriz.

¿Quién me habla así?

Leonor.

Quien á tus pies obediente
viene á arrojarse.

Beatriz.

Detente,
no te apropincues á mi,
que empañarás el candor
de mí castisimo bulto,
y profanaràs el culto
de las áras de mi honor;
porque muger que fió
del caos de la sombra fria,
y en descrédito del dia,
nocturno amor aceptó,
no mirar consigo atenta
mi semblante, á voz profana,
pues vivora será humana
que con su inficion se alienta.

Leonor.

Beatríz discreta y hermosa,
mi hermana eres.

Beatriz.

Eso no,
que tener no puedo yo
hermana libidinosa.

Leonor

¿Qué es libidinosa, hermana?

Beatriz.

Una hermana que al farol
trémulo, virey del sol,
osa abrir una ventana,
y susurrando por ella
á voz medía y lábio entero,
dé que decir á un lucero,
dé que callar á una estrella;
pero yo minoraré
el escándalo que has hecho,
diciendo al paterno pecho
sacrilegios de tu fé:
un devoto anoche ví.

Leonor.

¿ Y conocistele ?

Beatriz.

No,

ni pudo ser, porque yo,
que es másculo conoci

Leonor.

Pues yo te quiero decir
quien era, y con el intento
que me habló

Beatriz.

¡ Qué atrevimiento !
¡ Tál insulto habia de oir !

Leonor.

Pues aunque oirlo no quieras,
lo has de oír, porque tambien
no está á mi decoro bien,
que tú con locas quimeras
te persuadas á que ha sido
livïandad lo que honor fué.

Beatriz.

¿ Honor ?

Leonor.

Oye.

Beatriz.

No daré
directo á tu voz mi oido.

Leonor.

Pues directo ó indirecto,
todo has de escucharlo ya.

Beatriz.

Oido por fuerza, será
clandestino tu secreto,
y no puedo error tan mucho
cometer.

Leonor.

Si hablando estoy,

Beatriz.

Adipzal conjuro soy;
no lo escucho, no lo escucho.

Leonor

Oye, ¿mas quien ahi ha entrado?

ESCENA VII.

Doña Leonor, Inés y Moscatel.

Ines.

A mi señor buscará.

Leonor.

Mira quien es, mientras vá
mi desdicha y mi cuidado
siguiendo una fiera.

ESCENA VIII.

Inés y Moscatel.

Moscatel.

Amor;
¡que cobarde eres conmigo,
pues aun no valen contigo
las leyes de embajador.

Inés.

¿Es posible que has tenido,
Moscatel, atrevimiento
de entrar hasta este aposento?

Moscatel.

Sin saber que me ha movido
à haber entrado hasta aqui,
rigor es anticipado.

Inés

¿Pues no basta haber entrado?

Moscatel.

Si y no.

Inés.

¿Pues como no, y si?

Moscatel.

No, pues no sabes que;
sí pues enojada estás;
no, pues presto lo sabrás;
sí, pues tarde lo dire;
y aunque pude haber venido
de tu hermosura llamado,
traido de mi cuidado.
y del tuyo distraido:
à darte aqueste papel
vengo, que don Juan me envía,
que de mi cuidado fia
lo que à Leonor dice en él,
que por no ser conocido
por criado suyo yo:
con el papel me envió,
si ya la causa no ha sido
conocer de mi dolor,
saber de mi mal severo,
que de amor no es buen tercero
el que no sabe de amor.

Inés

Pues dì que el papel me diste
y que à Leonor le daré;
y vete presto, porque
temerosa, ¡ ay de mi triste!
de que Beatriz...

Moscatel.

Yo me iré,
que aunque adoro tu presencía;
las leyes de tu obediencia
tan constante observaré,
que à precio de tu rigor
compraré el desprecio mio;
y à costa de tu desvio
mereceré tu favor.

Inés.

Bien pudiera responderte,
que tan ingrata no he sido
como te habré parecido;
pero tíeneme de suerte
el temor de verte aqui,
que dejo para despues
la respuesta: vete pues,
que tiempo ::: ¡mas ay de mi!
mi señor por la escalera
sube, aqui no me ha de hallar
viendote conmigo hablar.

ESCENA IX.

Moscatel y don Pedro.

Moscatel.

Oye, aguarda, escucha, espera,

Pedro.

¿Quien ha de esperar y oir?
¿Quien aguardar y escuchar?

Moscatel.

Quien me tuviere que hablar,
ó yo tenga que decir.

Pedro.

¿Que haceis aqui?

Moscatel.

¿Que he de hacer:
ya vos no lo estais mirando?

Pedro.

¿No hablais?

Moscatel.

Estaba pensando
lo que os he de responder.

Pedro.

¿Que buscais?

Moscatel.

¡Que aquesto pase

á quien sea mi homicida!

Pedro

¿ Por que ?

Moscatel.

Porque yo en mi vida
hallé cosa que buscase ,

Pedro.

¿ Quien sois ¿

Moscatel.

Habeis preguntado
en propios terminos : soy
un criado honrado : si hoy
hay un honrado criado.

Pedro.

¿ Á quien servis ?

Moscatel.

No servì ,
aunque criado me llamo.

Pedro.

¿ Como no ?

Moscatel'

Como mi amō
es el que me sirve à mì.

Pedro.

Ya es mucha bellaqueria
hablarme de esa manera ,
y ya mas plazo no espera
la justa colera mia.

Moscatel.

Malo va esto , vive Dios :
si me dá con algo aqui ,
míre que se me dá à mi
que en la calle esten los dos.

Pedro.

Quien sois me habeis decir,
que quereis , y que buscais ,
y à que en esta casa entrais,

ó en ella habeis de morir
à mis manos.

Moscatel.

Sí firmado
habeis la sentencia ciego,
con ejecútese luego,
yo soy Moscatel, criado
de un don Alonso de Luna.

ESCENA X

Dichos, don Juan y don Alonso, que se queda al bastidor.

Juan.

Pues está aqui Moscatel,
y vimos entrar tras de él
á don Pedro, mi fortuna
no espera mas.

Alonso.

Yo dispuesto
á cuanto suceda estoy;
á tomar la puerta voy.

Pedro.

Proseguid.

Juan.

Señor, ¿ que es esto?

Moscatel.

Eso si.

Pedro.

Forzoso es ya
reportarme: este hombre hallé
aqui, que busca no sé.

Juan.

? No? pues el nos lo dirá,
ó à aqueste acero rendido
morira.

Moscatel.

Vamos de aqui;
Moscatel, que importa asi;

buen socorro me ha venido:
un hombre busco, y no hallando
nadie que me respondiera,
de escalera en escalera
me fui poco á poco entrando;
sin ver à quien preguntar,
hasta esta parte llegué
donde una doncella hallé,
la verdad en su lugar;
pensando que era ladron
huyó de mi; y á ella era
el escucha, aguarda, espera.

Juan.

Bien puede tener razon.

Pedro.

Aunque no estoy satisfecho
de que me diga verdad,
fuera necia liviandad
de mi espada y de mi pecho
saber, don Juan, que he tenido
otra sospecha, y asi,
fingir me conviene aqui
que su disculpa he creído:
porque menos recatado
le pueda despues seguir,
saber quien es, y salir
de una vez de este cuidado:
pues si venis à buscar
un hombre ¿porqué os turbais
de verme á mi?

Moscatel.

Porque dais
y soy facil de turbar

Juan.

Id con Dios.

Moscatel.

Que á los dos guarde,

Juan.

A don Alonso le di
se quite luego de ahi,

ESCENA XI.

Don Pedro y don Juan.

Pedro.

Luego vuelvo, à Dios, que es tarde.

Juan.

¿ Dónde vais ?

Pedro.

Vuelvo á buscar
unas cartas que perdì.

Juan.

No habeis de salir de aqui
ú os tengo de acompañar.

Pedro.

Algo sin duda ha entendido *ap.*
de mi enojo ; fuerza es
deslumbrarle : venid pues.

Juan.

Bien hasta aquí ha sucedido, *ap.*
pues sin sospechar en mí,
asistirle á todo puedo.

ESCENA XII.

Ines y doña Leonor.

Ines.

Confusa de mirar quedo
lo que ha sucedido aquí:
informarse tan severo,
cobrarse tan recatado,
hablar con él tan pesado,
y seguirle tan ligero,
muchos efectos han sido;
no sé que ha de suceder.

Doña Leonor.

¡ Válgate Dios por muger,
qué temeraria has nacido !

Ines.

Señora, ¿qué te ha pasado
que tan colérica vienes?

Leonor.

Qué no me escuchó Beatriz,
porque ha estado impertinente
con mas sobérbia que nunca,
tan cansada como siempre:
dice que dirá á mi padre
el suceso.

Ines.

Cuando vienen
los pesares, nunca ¡ay triste!
vienen solos, pues de suerte
se eslabonan unos de otros
que enredandose crueles,
es vispera del segundo
el primero que sucede.
Aquel hombre que dejaste
aqui, para que supiese
yo quien era; te buscaba
á ti, señora, con este
papel, que don Juan no quiso,
por el riesgo, que viniese
criado suyo: el papel
me dio apenas, cuando quiere
el cielo que entre tu padre,
y que con el hombre encuentre:
llégó al empeño don Juan,
é hizo que el hombre le diese,
no sé que necias disculpas;
pero auuque quiso prudente
disimular mi señor,
no pudo, y tras el se vuelve.

Leonor.

Que bien dicen, que los males
son, si hay uno, como el Fenix;

pues es cuna en que uno nace
la tumba donde otro muere:
dame el papel, porque quiero
al instante responderle
à don Juan en el peligro
que estoy.

Inés.

No le aguardes, leele,
que quiza advertirá algo
que en tu cuidado aproveche.

Leonor.

Dices bien; abrirle quiero,
que nada en ello se pierde.
« *Qué mal podré, hermoso dueño,*
» *decirte, ni encarecerte....*

Ines.

Tú hermana viene.

Leonor.

¡Ay de mi!

ESCENA XIII.

Dichas y Doña Beatriz.

Beatriz.

¿Que misivo nema es ese
que ajado ocultas?

Leonor.

¿Yo?

Beatriz.

Si.

Leonor.

No entiendo lo que me quieres
decir.

Beatriz.

Con vulgar disculpa
me has obstinado dos veces:
ese manchado papel,
en quien cifró lineas breves

cálamo ansarino, dando
cornerino vaso débil
el etiópico licor,
ver tengo.

Leonor.

En vano pretendes
ver el papel, porque fuera
tambien ser nécia dos veces,
no querer saber de mí,
cuando de oirme te ofendes,
lo que yo quiero decir,
y querer saber aleve
lo que pretendo callarte.

Beatriz.

Mí fraternidad no atiende
á tu lengua, sí á tu accion;
porque aquella mentir puede,
y esta ha de decir verdad,
y asi en la ocasion urgente,
oír lo que quieres no quiero,
saber si lo que no quieres..

Leonor.

¿De qué suerte: si no quiero,
lo has de saber?

Beatriz.

De esta suerte. (1)
Suelta la epístola.

Inés.

No es
sino evangelio.

Leonor.

Aunque intentes
por fuerza verle, tirana,
poco podré, ó no has de verle.

---

(1) *Asela del papel, y porfian las dos.*

Beatriz.

Deja el papel. (1)

ESCENA XIV.

Dichas y don Pedro.

Pedro.

¿Qué papel
es? ¿Porqué reñis, aleves?

Ines.

Cayóse la casa, como
dice el fullero que pierde.

Pedro.

Suelta este pedazo tú
y tú suelta ese otro.

Leonor.

Deme
ingenio amor.

Beatriz.

El que abstraes,
fragmento á mi mano débil,
te referirá baldones
que mi pundonor padece.

Leonor.

El papel, señor, que miras,
yo no sé lo que contiene;
y pues que Beatriz lo sabe,
¿quién duda que suyo fuese?
leyéndole estaba cuando
llegué yo.

Pedro.

Calla.

Leonor.

Y sin verle,
llegando con tal cuidado,

---

(1) *Rompen el papel, quedándose con la mitad cada una.*

que me le puso de verle;
quise quitársele, y ella
me le defendio: no pienses
qué fué atrevimiento en mí,
que despues que sé que tiene
Beatríz quien la escriba, y quien
la hable de noche por ese
balcon, mi virtud me ha dado
disculpa para atreverme,
aunque soy menor hermana,
á tratarla de esta suerte.

Inés.

De mano gana Leonor.
cuando un mismo punto tienen.

Pedro.

Por cierto, Beatriz...

Beatriz.

Ignoro,
atónita, responderte,
que me construyó su acento
estatua de fuego y níeve;
porque cuanto me acumula,
delicto es suyo in specie

Leonor.

¿Pues aquí no estaba Inés,
que decir la verdad puede?

Beatriz.

¿Pues Inés no estaba aquí,
que dirá lo que sucede?

Inés.

Yo soy, en fin, la presencia
de todo el hecho presente.

Pedro.

¡Ay de mí, que combatido *ap.*
de uno y otro mal tan fuerte,
ambos me estan mal, pues ambos,
armados contra mí vienen:

que al averiguar ¡ay triste!
cuya es la culpa evidente,
no es escusarme la pena,
pues cuando á saberla llegue,
tan sitiado mi dolor,
tan acosado mi suerte,
tan cercado mi desdicha,
en este lance me tienen,
que habiendo oido, que habiendo
de morir precisamente,
quien me dé muerte sabré,
mas escusaré la muerte.
Vete, tú, Beatriz de aqui;
y tú, Leonor, de aquí vete.

Beatriz.

Señor, yo....

Pedro.

Nada digais.

Leonor.

Quiera amor que no confiese
el papel lo que yo niego.

Beatriz.

Tú, mental hermana, tienes
la culpa de todo.

ESCENA XV.

Don Pedro é Ines.

Pedro.

¿Inés?

Ines.

Aqui entro ahora.

Pedro.

Detente.

Inés.

Honor, con quien vengo vengo.

Pedro.

Pues sola el testigo eres.

¿quién leia el papel?

Inés.

Yo

ni quito ni pongo leyes;
pero hago lo que debo.

Pedro.

¿Qué es lo que dudas? ¿qué temes?

Inés.

Al oficio de criada *ap.*
en ayudar á quien miente,
Señor, poco antes que tú
llegué yo, sin que pudiese
de la accion ni de las voces
saber cuyo el papel fuese:
esta es la verdad, so cargo
del juramento que tiene
fecho cualquiera criada
en el pleito que refiere.

Pedro.

¿Aun este pequeño alivio
del desengaño, no quiere
darme el dolor? Vete, Inés.

Inés.

Viva á toda ley quien vence.

ESCENA XVI.

Don Pedro.

Que el papel confesará
cuanto tú y ellas me nieguen:
juntar quiero los pedazos
de esta vívora, esta sierpe,
que dividido el veneno
en dos mitades contiene.

Qué mal podré, hermoso dueño,
decirte ni encarecerte
el cuidado con que estoy
de que anoche nos oyese

tu hermana.... Avísame al punto
que á tu padre se lo cuente,
para que te ponga en salvo.
A entrambas á dos conviene
el papel, para que sea
hoy mi desdicha mas fuerte:
pues si supiera de una
que con liviandad procede,
supiera tambien de otra
la virtud, y de esta suerte,
templado estuviera el daño:
mas para que no se temple,
quiere el cielo que á ninguna
crea, y que en las dos sospeche:
hallar un criado aquí,
turbarse ¡ay de mi! de verme,
llegar don Juan y dejarle,
salir tras él y perderle,
volver á casa y hallar
la confusion que me vence,
cosas son que han menester
atenciones mas prudentes;
y así, pues sé que el criado
es, si su temor no miente,
de don Alonso de Luna,
saber quien es me conviene
y atender á sus acciones;
y hasta que á mis manos llegue
ó desengaño ó venganza,
valedme, cielos, valedme.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE CALLE.

Don Juan, don Alonso y Moscatel.

Alonso.
De buena salimos.
Moscatel.
Yo
soy el que salí de buena
y entré en mala, pues me vi
ya de la muerte tan cerca.
Juan.
Determinarme yo á entrar
viendo la ocasion tan cerca
tras don Pedro, fué tu dicha;
Moscatel.
Y aun la tuya, pues si dejas
de entrar, confieso de plano.
Alonso.
¿Eso dices?
Moscatel.
Y aun lo hiciera
mejor que lo digo.
Alonso.
Mira,
don Juan, sí amando hay quien tema;
Juan.
¿Pues un amante, es cobarde?
Moscatel.
Mucho mas, por ver que arriesga
una vida que no es suya,

sino de su hermosa prenda,
y si es deuda de un amante
en su servicio perderla,
ya es de amor estelionato
hipotecarla á otra deuda.

ESCENA II.

Dichos é Inés, que sale tapada.

Inés.

¿ Señor don Juan ?

Juan.

¿ Quién me llama?

Ines.

Yo soy.

Juan.

Vengas norabuena;
Inés.

Inés.

Para haberte hallado
he dado á Madríd mil vueltas.

Juan.

? Qué ha sucedido que asi
vienes ?

Moscatel.

Inesilla es esta;
quiera el cíelo que mi amo
ni la atisbe ni la vea.

Inés.

Á darte aqueste papel
he venido; á dios.

Juan.

Espera
le leeré. (1)

---

(1) *Lee don Juan, y entre tanto se pone Moscatel en medio de don Alonso y de Ines.*

Alonso.

No tiene, á fe,
mala cara la mozuela.

Moscatel.

Vióla, no daré un ochavo
por mi honra toda entera.

Alonso.

Oye Moscatel.

Moscatel.

Señor.

Alonso.

Si como esta moza fuera
la tuya, te disculpára,
si hay disculpa que amor tenga.

Moscatel.

Zelos, vamos poco á poco, *ap.*
no mateis con tal violencia.
¿Esta te parece bien?

Alonso.

¿Pues no es bien hermosa esta
para fregona?

Moscatel.

No es,
sino muy mala y muy fea:
si vieras, señor la mia,
pondré el alma, que dijeras
que era pecado nefando,
ó estaba sin competencia.

Alonso.

Viven los cielos que mientes.

Juan.

Ya he leido.

Alonso.

¿Y qué hay?

Juan.

Mil quejas
de Leonor; en fin, me avisa,

que bien puedo ir à verla,
que no hay sospecha de mi,
por una industria, cual sea
no dice: despues de todo
yo volvere à daros cuenta
vamos, Inés.

ESCENA III.

Don Alonso, Moscatel é Inés.

Alonso.

Moscatel,
no la dejes ir, detenla.

Moscatel.

¿ Esto mas, zelos?

Alonso.

¿ Ha hermosa?

Inés.

? Qué quereis?

Alonso.

Veros quisiera
esa buena cara.

Moscatel.

¡ Ay cielos!

Inés.

Hay mucho que ver en ellá,
y no vengo tan despacio.

Alonso.

Yo la sabré ver á priesa.

Moscatel.

Y aun dejar de verla y todo.

ESCENA IV.

Dichos, don Luis y don Diego.

Diego.

La criada suya es esta,

Luis.

Desde su casa la he visto

salir, y vengo tras ella;
por ver si para Beatriz
darla un recado pudiera.

Inés.

No sé lo que Moscatel
me quiere decir por señas.

Diego.

Con don Alonso de Luna
habló.

Luis.

Cierta es mi sospecha;
que venir una criada
de Beatriz de esa manera
á buscarle, estar él siempre
en su calle y à su reja
con aquel amigo suyo,
mirar que cuando se aleja,
se quedan los dos hablando,
no es posible que no sean
lances de amor.

Diego.

¿ Qué quereis
hacer?

Luis.

Que aqui no me vean;
que no tengo yo favores,
para que empeñarme pueda,
y reñir un desvalido,
es valentia muy necia.

Diego.

Decis bien, y quiza mienten
los viles zelos que os cercan.

Luis.

Nunca son viles zelos,
don Diego

Diego.

Opinion es nueva.

Luis.

¿Hay mas nobleza que hablar
verdad? Pues esta nobleza
solo los zelos la tienen,
porque no hay zelos que mientan.

ESCENA V.

Don Alonso, Moscatel é Ines.

Ines.

Bien está: á Dios, que es muy tarde.

Alonso.

Dejad que vaya siquiera
con vos aquese criado:
no vais sola.

Ines.

Norabuena,
venga el criado conmigo.

Moscatel.

¡Qué estó escuche! ¡qué esto vea!

Alonso.

¿Moscatel?

Moscatel.

¿Señor?

Alonso.

Escucha,
Ines me ha dado licencia
para que en mi nombre vayas
hasta su casa con ella:
vé, y dirásla en el camino,
que como tal vez se venga
á casa, no faltará
algun regalo que hacerla.

Moscatel.

¿Es posible que tal dices?

Alonso.

Si, que si en su amor ya es fuerza
acompañar á don Juan.

no es muy mala conveniencia
tener quien aquel instante
tambien à mi me entretenga.

Moscatel,

Yo se lo diré.

Alonso.

En los trucos
te aguardo con la respuesta.

ESCENA VI.

Moscatel è Inés.

Moscatel.

¡Quédamos buenos, honor!

Inés.

Vamos, Moscatel, ¿ qué esperas ?

Moscatel,

Vamos, Inés.

Inés.

¿ Pues tan triste
conmigo vas, que aun apenas
alzas à verme la cara?
¿ Qué es aquesto ?

Moscatel.

¡ Ay Inés bella!
¡ Ay dulce hechizo del alma,
que de cuidados me cuestas!

Ines.

¿ Qué tienes ?

Moscatel.

Amor y honor;
quiero y sirvo, y hoy es fuerza,
entre mi dama y mi amo,
que no sirva, ó que no quiera.

Ines.

No entiendo tus disparates,

Moscatel.

Pues yo haré que los entiendas:

don Alonso, mi señor,
te vió Inés, y à Dios pluguiera
que antes cegase, aunque yo
el mozo del ciego fuera:
vióte, Ines, ¡ ay Dios! y al verte,
fué precisa consecuencia
quererte, no tanto, Inés,
por tu infinita belleza,
como por su amor finíto,
que eres, en fin cara nueva.
Conmigo á decir te envia..
aqui se turba mi lengua,
dice, que si vas, Inés,
à verla, tendras, ¡ qué pena!
si es por la mañana, almuerzo;
si es por la tarde, merienda.

Ines.

Grosero, descortés, loco,
suspende la aleve lengua,
que no sé, no sé que has visto
en mi, para que te atrevas
à hablar con tal libertad
à una muger de mis prendas.
Dile à tu amo, villano,
que soy quien soy, y no tenga
pretensíones para mi,
que de culquiera manera
iré á servirle á su casa;
porque yo no soy de aquellas
mugercillas que se pagan
en almuerzos y meriendas,
que soy moza de capricho,
y eso le doy por respuesta.

Moscatel.

¿ Eso dices?

Ines.

Eso digo.

y presto de aqui te ausenta;
no te vean en mi casa,
mira que ya estamos cerca.

Moscatel.

¿En fin, te vas enojada?

Inés:

No me sigas, no me veas.

Moscatel.

Obedecerte es forzoso,
pues tan triste, Inés me dejas;
bien podeis ojos llorar,
no lo dejes de vergnenza.

ESCENA VII.

Inés.

Aquesta es mi casa, el manto
me he de quitar á la puérta,
que para esto solamente
creo que en las faldas nuestras
usamos los guardainfantes:
ahora aunque mi ama la necia
me aya hechado un rato menos,
no sabrá que he estado fuera:
nadie de ustedes lo diga,
que los cargo la conciencia.

ESCENA VIII.

Decoracion de salon.

Don Juan, doña Leonor, y poco despues Inés.

Leonor

Esta mentíra ha sido
la que nuestro cuidado ha divertido.

Juan.

Fue del ingenio tuyo,
que con eso que fue sutil arguyo.

Leonor.

Ya del todo perdida
por este medio restauré la vida;

que lo que era evidencia,
puse con el engaño en contigencia;
que no es pequeño avíso
saber hacer dudoso lo preciso.

Juan.

¿Tu padre, en fin, de entrambas sospechoso
quedó?

Leonor.

Tanto, que anda cuidadoso,
yendo á casa y viniendo,
escuchando á la una, á la otro oyendo;
que hasta aqui no ha sabido,
cuyo el papel, ni para quien ha sido:
porque Inés, que tenia
sola noticia de la culpa mia,
sin que á decirlo acuda,
dejó en su fuerza la primera duda

Inés.

Yo no dije que era
el papel de Beatriz, porque pudiera
el papel desmentirme,
y asi en lo que díjiste estuve firme.

Juan.

Dìcha fué que viniera
el papel de manera,
que entrambas convenia,
que bien se acuerda la memoria mia
de que no te nombraba,
y de que escrito de otra letra estaba:
pero dime, ¿qué ha hecho
Beatriz al testimonio?

Leonor.

Yo sospecho,
que sujeta al indicio,
si juicio tiene ha de perder el juicio:
pues sobre su melindre y su locura,
tan vana de su ingenio, y hermosura;

verse indiciada tanto
de una sospecha, la convierte en llanto;
y estoy, don Juan, gustosa de manera,
de verla asi, que díera
porque fuera verdad, y no fingido,
el amor que en su culpa he introducido,
la vida.

Ines.

Piensa tu, señor, qué haremos
por llevar adelante sus estremos.

Leonor.

De nuestro amor industria lisongera
el diverticla, y el culparla fuera;
pués con eso dejára
de perseguìrme à mí, y ella calláre.

Juan.

Ahora bien, pues yo quiero
de esta venganza tuya ser tercero,
y trayendo conmigo,
para que la entretenga un cierto amigo,
haré.., pero ella viene,
despues lo oirás, que aqui callar conviene.

Leonor.

Pues vete, no te vea,
que aunque aquesta sospecha en ti no sea,
á toda ley, bien creo
que es mejor desvelar nuestro deseo.

Juan.

Pues à Dios, Leonor bella.

Inés.

Santiago, cíerra España, á ella, á ella.

ESCENA IX.

Doña Leonor y doña Beatriz.

Beatriz.

Aqui, que Fenix estoy,
porque al fin, la fàntasia

hace y no hace compañia,
soliloquiar quiéro hoy,
¿ en qué tan infeliz soy,
y en qué oroscopo naci?
pues siendo mi honor en mí
sol que el dia iluminó,
el eclipse padeció,
y yo el efecto sentí.
Entre mi nuve y mi ardor,
con epicicló confuso,
el cuerpo opaco me puso
la mentira de Leonor.

Leonor.

¿ Qué me quieres ;

Beatriz,

Es error,
aunque á solas te he nombrado,
fantasiar que te he llamado,
que si el nombrar es llamar,
hoy desvia con llamar
al contrario mi cuidado.

Leonor.

¿ Pues porque, cruel, conmigo,
tu voz á solas se emplea?

Beatriz.

Pues que me interrogas, sea
tú mendacio tú castigo,
¿ tú no fuiste, amor testigo,
lá escrita?

Leonor.

Digo que sí.

Beatriz.

¿ La que al paterno dijiste,
al fin que era para mi
el lineado papel?

Leonor.

Sí

Beatriz.

¿ Tú no fuiste quien biciste
tan válida la mentira :
que embelecó la verdad,
aquada su puridad ?

Leonor.

Si Beatriz.

Beatriz.

¿ Pues que te admira
lamentar tu fraude ?

Leonor.

Mira
lo que tu enfado causó ;
que nó lo intentara , no ,
sí tu ayudarás mi engaño :
mas ya sucedido el daño ,
Beatriz , primero era yo.
Negarte á solas no quiero ,
que mia la culpa fue,
pero tampoco querré
confesarséla á un tercero :
yo amo , yo adoro , yo muero
de amor... ¡ Mi padre , ay de mi !

ESCENA X.

Dichas y don Pedro que se queda al bastidor detras de Beatriz y de cara á Leonor ; ella le vé y él se recata.

Pedro.

Yo muero de amor , oí
à Leonor.

Leonor.

Cure mi error
mi voz : ¿ yo muero de amor
dices delante de mi ?
¿ yo quiero ?

Pedro.

¿ Esto llego á ver ?

Leonor

¿ Yo amo ?

Beatrìz.

¡ Aquesto llego à oir!

Leonor.

¿ De amor muero ha de decír
una principal muger ?
Mí padre lo ha de saber ;
que aunque tu me has dicho aqui
que á el no ; pero á mi si
lo confiesas, brevemente
lo sabrá.

Beatriz.

¿ Qué dices ?

Leonor.

Tente.
no te apropincues á mí.

Beatriz.

El concepto dificulto
de tus estremos, Leonor.

Leonor.

No me empañes el candor
de mi castisimo bulto.

Beatriz.

¡ Qué mudanza !

Leonor.

¿ Tal insulto
pronunciar tu lengua osa ¿

Pedro.

Leonor es la virtuosa.

Beatriz.

Oye hermana.

Leonor.

Aqueso nó,
que tener no puedo yo

hermana libidinosa.

ESCENA XI.

Doña Beatriz y don Pedro.

Beatriz.

¿ Quién tales estremos vió ?
¿ Quién vió tales sentimientos ?
¿ Quién vió tales fingimientos
de un instante á otro ?

Pedro.

Yo ,
yo los vi , Beatriz , y no
en vano el cuidado ha sido ,
que con las dos he tenido.

Beatriz.

¿ Señor , tú estabas aqui ?

Pedro.

Si , Beatriz , aqui estaba.

Beatriz.

¿ Oiste á Leonor lo que hablaba ?

Pedro

Lo que habló Leonor oí.

Beatriz.

¿ Luego ya estarás de mì
desengañado ?

Pedro

Si estoy ,
pues he llegado á ver hoy ,
que una hermana menor pueda
reñirte.

Beatriz.

¡Que tal suceda!
infausta y crinita soy.

Pedro.

¿ Qué crinita , ni que infausta?

Beatriz.

Señor ...

Pedro.

Beatriz, bueno está:
basta lo afectado ya,
lo enfadoso basta, basta:
que es lo que mas te contrasta
para que vencida quede
tu opinion, bien ver se puede,
si á hablar asi te acomodas,
que quien habla como todas,
no como todas procede
Yo sé que el cuidado ha sido,
y el papel de un caballero
bachiller y chocarrero,
leve y mal entretenído:
y que le quieres he oido
cuando Leonor te reñia,
culpa ha sido tuya y mia,
mas remediarelo yo:
aquí el estudio acabó,
aquí dió fin la poesía.
Libro en casa no ha de haber
de latin que yo le alcanze,
unas horas en romance
le bastan á una muger:
bordar, labrar y coser
sepa solo, deje al hombre
el estudio, y no te asombre
esto, que te he de matar,
si algo te escucho nombrar
que no sea por su nombre.

Beatriz.

Subordinada al respeto,
girasol de tu semblante,
en estílo relevante
no frasificar prometo:
deja, empero, á tu conceto
desvanecer la apariencia,

que el engaño hizo evidencia;
que hizo acaso la malicia,
queriendo con su injusticia
captar tu benevolencia.

Pedro

Perdiendo el juicio, Beatriz,
bien enmendada te veo.

Beatriz.

Por tu anticipata.

Pedro.

Creo
que hoy me has de quitar el juicio:

ESCENA XII.

Sala en casa de don Alonso: éste y Moscatel.

Alonso.

¿Eso la picara dijo?

Moscatel.

De tu amor tan ofendida,
como si fuera hija Inés
del Preste Juan de las Indias;
decid, dijo, á vuestro dueño,
que de mi valor no vista,
que soy grande para dama,
y para esposa soy chica.

Alonso

Eso á Reyes de comedia
no hay condesa que no diga
de Amalfi, Mantua, ó Milan;
mas no las de Picardia:
válgate el diablo, picaña,
¿como no tienes á dicha
que te hable un hombre, que al fin
trae una camisa limpia,

Moscatel.

Señor, cada ropa blanca
su semejanté codicia

Alonso.

¿Y qué te pasó con Celia?

Moscatel.

Estaba á su celosia
asomada; y aun borracha;
pues dijo: porque no ibas
á verla; y esto, señor,
en juicio no lo diria,
¿porqué cómo has de ir á verla,
si ya la viste ha tres dias.

Alonso.

Mi firmeza me destruye,
porque todas imaginan,
siendo galan al quitar,
que lo he de ser de por vida:
pues mejor es lo que á mí
me ha pasado; como iba
en un coche doña Clara,
llamóme, lleguéme á oirla,
y díjome que á la tarde,
¡hay es una niñería!
la enviase veinte varas
de lama, porque queria,
hacer en mi nombre una
pollera; y á media risa,
pregunté ¿de qué color?
respondió que de la mia;
y así al propósito hize
de repente esta quintilla:
De mi color bien mi amor
dar la pollera quisiera,
mas es tanto mi temor,
que no me dejas color
de que hacerte la pollera.
Con esto me descarté
de la lama.

Moscatel.

Linda finca
es un desenfado.

Alonso.

¿Cómo?

Moscatel.

Como paga á chanza vista,

Alonso.

No sabes lo que en aquesta
mas me mata, mas me admira,
que usándose hombres que nieguen;
se usen mugeres que pidan.

Moscatel.

Piden por su devocion.
¡Qué presto de Inés se olvida! *ap.*
zelos, á Dios.

Alonso.

¿Moscatel?

Moscatel.

¿Señor?

Alonso.

¿Quieres que te diga
una verdad?

Moscatel.

Si contigo
lo puedes acabar, dila.

Alonso

La Inesilla me ha picado.

Moscatel.

¿Tan aguda es la Inesilla?

Alonso.

Y por hacer burla de ella
solamente, he de rendilla.
Allá has de volver.

Moscatel.

¿Yo?

Alonso.

Sí.

Moscatel.

Zelos, no á Dios tan aprisa.

Alonso.

La dirás....

ESCENA XIII.

Dichos y don Juan.

Juan.

Gracias al cielo,
que os traigo nuevas un dia
de contento, porque amor,
no siempre ha de ser desdichas:
ya cesaron sus disgustos,
sus pesares, sus rencillas,
que como es niño, el semblante
que ayer fué llanto, hoy es risa.
Ayer de vuestro valor
me valí, cuando tenia
empeños de honor, y ahora
que han mejorado de dicha,
me he de valer, don Alonso,
de vuestra cortesanía,
buen gusto y sútil ingénio,
porque en dos iguales lineas
los dos estremos toqueis
del pesar y la alegria.

Alonso.

¿Pues bien, qué os ha sucedido?

Juan.

De cuanta culpa tenia
Leonor, hizo á Beatriz dueño,
cautelosa y prevenida,
dudó el padre entre las dos
cuya fuese la malicia,
y quedó por fé dudosa
la que era culpa precisa.

Para ayudar este engaño
con Beatriz, y divertirla,
que si hay envidia entre hermanos,
es la mas cruel envidia;
me ha pedido que con ella
algun nuevo amante finja,
porque la importa en estremo
ó culparla, ó divertirla.
Y aqueste habeis de ser vos,
ayudandoos ella misma
á la entrada de su casa;
y así desde aqueste dia
la habeis de asistir, pasear,
adorar su celosía,
solicitar sus criadas,
donde saliere, seguirla,
escribirla ...

Alonso.

Deteneos,
que ni hablarla ni servirla,
ni pasearla, ni mirarla,
sabré yo hacer en mi vida.
¿Yo mirar á una ventana
embobado todo el dia,
haciendo el amor ardiente
á un cántaro de agua fria?
¿Yo sobornar á una moza
porque mis penas la diga?
¿yo abrazar un escudero
con la barba hasta la cinta?
¿yo seguir una muger,
ni saber donde va á misa?
¿ni si la oye? que al fin yo,
don Juan, en toda mi vida
he averiguado á mi dama
si tiene ó no tiene crisma,
y ellas se huelgan, pues todas

niegan donde se bautizan.
¿Yo escribir papel tan cuerdo,
que mil locuras no diga,
donde ande el razonamiento
entre el afecto y la dicha?
¿Yo parlar á una ventana
despues de una noche fria,
para pedir una mano?
¿Yo sufrir que cada dia
me responda: es de mi esposo;
y con aquesta porfia
me ande con su doncelléz
dando en rostro cada dia?
Vive Dios, que antes me deje
morir, que á una muger siga,
ni solicite, ni ronde,
ni míre, ni hable, ni escriba;
porque en no teniendo yo
libre entrada á mis visitas,
donde tome mi despejo
á la primera vez silla,
la segunda taburete,
y la tercera tarima;
siendo mi lecho el estrado,
y la almohada una rodilla,
y haciéndola que me rasque
la cabeza, si me pica,
no daré por cuanto amor
hay en el mundo, dos higas;
y mirad, pues, que muger
tan chistosa y entendida
traeis, sino una muger
que habla aiempre algaravia,
y sin Calepino, no
puede un hombre entrar á oirla.
Y asi, mirad si teneis
algun disgusto en que os sirva.

que voto á Dios, que primero
con diez hombres legos riña,
que con una muger culta:
que ha de ser la dama mia,
como fianza abonada,
sobre lega, llana y lisa.

Juan.

En la corte, don Alonso,
¿cada dia no se mira
pór hacer tercío á un amigo,
enamorar á una amiga?

Alonso.

Tambien se mira, don Juan,
en la corte cada dia,
perder uno su dinero
por hacer tercio á una rifa.

Juan.

Yo no quiero que tu amor
sea, sino que lo finjas,
que esto todo ha de ser burla.

Alonso.

Mucho lo fingido obliga,
y hacer burla de una loca
tan vána y tan presumida.

Moscatel.

¡Qué presto hizo la razon
á la ocasion que le brinda!
tan loco nos venga el año.

Alonso.

Cuanto sea engaño y mentira
vaya, mas pensar que tengo
de obligarla ni sufrirla,
es pensar un imposible.

Juan.

Ni nadie á aqueso os obliga.

Alonso.

Desde aquí empiezo á armarla.

Juan.

Vamos á su casa misma,
y en el camino os dire
de estas cosas conocidas,
que importan, y hare que entreis
á hablarla.

Alonso.

Vamos aprisa,
que ya de pensar, don Juan,
lo que hoy á las burlas mias
han de responder sus veras,
me estoy muriendo de risa.

Moscatel.

Quiera amor no pare en llanto.

Alonso.

¿ Qué llanto, necio, si miras
que todo es burla; pues solo
mi libertad solicita
hacer buen tercio á don Juan,
vengar á Leonor divina,
burlar á Beatriz hermosa,
y retozar á Inesillá?

Moscatel:

No será, no, sino hecharse
con la carga de mis dichas.

ESCENA XIV.

Habitacion de doña Beatriz: ésta é Inés.

Ines.

Grande, señora, es tu melancolía.

Beatriz.

¿Como no ha de ser grande, siendo mia?
¿Y harta razon no tengo?
Pues por Leonor con mi ascendiente vengo
á padecer calumnias de que amo,
cuando la mesma ingratitud me llamo.
¿Yo pensar que he escuchado á un hombre amores?
¿Qué un papel admiti? ¿Qué di favores?

¿Qué entró en mi cuarto abriendo una fenostra?
¿Qué fué el tacto la nube de mi diestra?
Cosas son que el escrúpulo mas leve,
dentro de mì, ni aun á pensar se atreve;
y asi aqueste retiro,
donde la luz del sol apenas miro,
lúgubre será esfera,
donde engañada yo, que vivo, muera:
Estancia será esquiva,
en que burlando lo que muero, viva:
el sol, narciso de jazmin y grana,
desde el primer fulgor de la mañana,
al parasismo de la noche fria,
á donde espera el parangon del dia;
no me ha de ver la cara,
si ya con luz no se penetra avara
á esta mansion, á donde
mi profanado pundonor se esconde.
Lloren aqui mis ojos
sinónomos neutrales, digo enojos,
de torpes desvarios,
que son agenos y parecen mios.
¿Ines, no me he quejado
en bien humilde estilo, en bien templado?
si mi padre me oyera,
¡ó cuanta enmienda en mis discursos viera!

Inés

Mucha, aunque del tema reformado
algunas palabrillas te han sobrado.

Beatriz.

¿Dime cuales han sido?

Ines.

Lúgnbres y crepúsculos he oido,
equivocos, sínónomos, neutrales,
fenéstras, parasismos y otros tales;
de que yo no me acuerdo.

Beatriz.

Con la estulticia que hay, el juicio pierdo:
¿pues esas no son voces de cartilla,
que un portero las sabe de la villa?
mas desde aqui prometo,
que calcé mi concepto,
apesar de Saturno,
vil zueco en vez de trágico coturno.

Ines.

Enmendándose vá.

Beatriz.

Si tu me oyeres
frase negada á barbaras mugeres,
por ver sí en esto topa,
tirame de la manga de la ropa.

Ines.

La concesion aceto,
y ser fiscala de tu voz prometo

ESCENA XV.

Dichas, doña Leonor, don Alonso y Moscatel al paño.

Leonor

Esta es Beatríz, y puesto que has venido
à divertirla, su galan fingido,
hablarla aqui podrás seguramente,
yo atenta á que no haya inconveniente,
con don Juan alli hablando
hoy las espaldas te estaré guardando.

ESCENA XVI.

Dichos menos doña Leonor.

Alonso.

¿Quién creerá que he tenido
miedo al amor, aun siendo amor fingido?

Inés.

¿Moscatel, qué es aquesto?

Moscatel.

La droga introducir que se ha dispuesto;

Ines.

¿ Para qué entras tu acá ?

Moscatel.

Por que amo,
y no has de estar à tiro de mi amo
sin escucha.

Beatriz.

¿ Qué es esto ?

Inés.

Un hombre osado
que hasta aqui se ha entrado.

Beatriz.

¡ Un hombre en mi cúbiculo ! ¿ Qué haces ?

Ines.

Tirarte de la manga.

Beatriz.

Necio intento :
deten, que solo digo, en mi aposento.

Alonso.

Hermosa Beatriz, la voz
no dés al aíre, no dés
al cielo quejas, huídas
de la prision del clavel.
Oye piadosa mi pena,
sin enojarte; porque
no siempre fué de lo hermoso
patrimonio lo cruel.

Beatriz.

¿ Andais por antonomasias ?

Inés.

Dos veces tiro.

Beatriz.

Está bien :
atrevído Caballero,
ques ha sido osado á romper
la clausúra, donde el sol,
que fenix y hoguera es,

si tal vez entra atrevìdo,
sale cobarde tal vez:
y á no traer por disculpa,
que me viene el dia á traer,
no osára donde estoy yo
á entrar en atomos él:
¿qué atrevimíento, que audacia
rige tu alevoso pie?

Inés.

Aqui empiezan sus engaños.

Moscatel.

El mismo vaya con él.

Alonso.

Peritisíma Beatriz,
Beatriz, dulce enigma, en quien
vive de mas el hablar,
y demas el parecer.
Yo soy aquel, que dos años
viviente girasol fue
de la luz de tu beldad,
fragante al llegarte á ver,
cuanto mustio al ausentarte,
que entre el morir y el nacer
no hubo mas distancía que ántes,
si se ve, ó si no se vé.

Ines.

Atencìon, señoras mias,
entre mentir ó querer,
¿cuál será lo verdadero,
si esto lo fingido es?

Alonso.

La causa hoy de tanto absurdo,
es haber hallado ayer
tu padre el críado mio,
que te traia un papel:
y viendo la obligacion
que tengo à quien soy, osé,

temeroso de tu riesgo,
ahora que ocasion hallé,
entrar hasta aquí.

Beatriz.

Detente,
que ya me incumbe saber,
aunque mi riesgo derogue,
la mas inviolable ley.
¿Qué papel ó que criado
aquese que dices fué?

Alonso.

El criado, este criado,
el papel, aquel papel
que abrió Leonor, siendo tuyo,
porque á ella se le dió Inés.

Inés.

Yo no se lo dí, que ella,
me le quitó sin querer.

Beatriz.

¿Tuyo era el criado?

Alonso.

Sí,

Beatriz.

¿Y tuyo el papel?

Alonso.

Tambien.

Beatriz.

¿Y para mí?

Alonso.

¿Pues qué dudas?

Beatriz.

Antes no dudo, pues sé
que mi muerte y mi homicida
fuiste de mi paz, cruel,
tirano, qué introdujiste
escrúpulos en mi fé.

Vuelve, vuelve las espaldas
de piadoso y de cortés,
que solicitas mi muerte
si aquí mi hermana te vé,
porque hará verdades hoy
los fingimientos de ayer.

Inés.

¡Qué facilmente creyó
lo que él contó y yo afirmé!

Moscatel.

En fin, no hay cosa mas fácil
que engañar una muger.

Beatriz.

Y no quieras mas victoria
de mi vanídad, que ver
que por tí lloran mis ojos,
que puede, en efecto, hacer
costar lágrimas á un hombre,
sin quererle una muger,
que no las lágrimas siempre
señas son de querer bien:
vete.

Alonso.

Mas lo deseo yo,
que estoy ya para perder
el juicio, buscando modos
para responder.

Beatriz.

No dés
mas escándalo en mi casa,
que basta el primero ser
que concupiscible oí. (1)
No tires mas, déjame,
que tienes traza, por Dios,

(1) *Tirala Inés de la manga.*

de dejarme muda.

Alonso.

En fé
diámetro al menos será
mi opuesto planeta, y quien
ausentandose, sabrá
obedeceros cortés:
pero en sabiendo mi amor.

Beatriz.

Pues à Dios, que ya lo sé.

Alonso.

No se ha empezado muy mal.

Moscatel.

Ni se ha acabado muy bien,
que viene gente.

Ines.

¡Ay Señora!
ir no le dejes.

Beatriz.

¿Por que?

Inés.

Porque al paso estan hablando
Leonor, don Juan, y tambien
tu padre,

Moscatel.

El Padre es el diablo
de estos enemigos tres.

Beatriz.

Mi climáterico dia
es hoy ¡ay de mi! si os ven,
porque contra mi los cielos
han sabido disponer,
evidencias que acrediten
culpas que no imaginé:
para el cuarto de mi padre
el paso esta cuadra es,
no podeis salir de aqui,

ni allá dentro entrar podeis;
y asi, antes, que aquí entren,
fuerza el esconderos es.

Alonso

¿Es comedia de don Pedro
Calderon, donde ha de haber
por fuerza amante escondido,
ó rebozada muger?

Beatriz.

Esto convíene á mí honor.

Alonso.

¿Yo me tengo de esconder?

Moscatel.

Inés, mala burla es esta.

Inés.

Y muy mala, Moscatel.

Beatriz.

Esto he de deberos.

Alonso.

Cielos,
considerad que no es bien
darme tan fino el pesar,
siendo tan falso el placer.

Beatriz.

¿Qué esperais?

Alonso.

¿Qué he de esperar?
saber á donde ha de ser
donde tengo de esconderme.

Ines.

Donde estar mejor podeis,
es en aquella alacena
de vidrios.

Beatriz.

Has dicho bien;

Alonso.

Lindo búcaro del duque.

y de la Amaya seré:
¿yo en alacena de vidrios?
Voto á Dios.

Beatriz.

Preciso es.

Inés.

Entrad.

Alonso.

Sin un calzador;
no es posible.

Ines.

Entra tambien.

Moscatel.

¿Es alacena de dos
como mula de alquiler? (1)

ESCENA XVII.

Dichos y don Pedro, doña Leonor y don Juan.

Ines.

Mirad que quebrais los vídrios.

Pedro

Ola, unas luces traed
á esta sala.

Juan.

Vive Dios,
que no sé lo que he de hacer,
si halla á don Alonso aquí
don Pedro; que yo bien sé
que no tiene el cuarto puerta
por donde salir, y en fé
de haberle empeñado yo,
y ser mi amigo tambien,
no sé como llegue á verle:
¿qué remedio puede haber?

(1) *Al entrar en la alacena se quiebran vidrios.*

Leonor.

¡O, nunca hubiera inventado
la venganza que busqué,
pues empezando de burlas,
tan de veras viene á ser!

Pedro.

Aquestas noches, don Juan,
¿á qué hora os recogeis?

Juan.

Temprano; aquesto es decirme ap.
que me vaya, y fuerza es:
en grande peligro dejo
á don Alonso, por ser
mí amigo; el estarme aquí
no es posible, lo que haré,
será estar siempre á la mira
de lo que ha de suceder:
queda á Dios.

Pedro.

A Dios: alumbra
al señor don Juan, Ines.

Juan.

No habeis de salir de aquí.

Pedro.

Yo sé bien lo que he de hacer. (1)

ESCENA XVIII.

Dichos menos don Juan.

Leonor.

¿A dónde, Beatriz, habrá,
pues yo no lo puedo ver,
á don Alonso escondído?

Beatriz.

¿Qué tantos sustos me dé

---

(1) *Don Pedro é Inés le acompañan.*

un hombre que no conozco? (1)

Pedro.

Entra aquesa luz, Inés,
en mi cuarto.

Leonor.

Ahora, sin duda
dá en su aposento con él.

Pedro.

Entrad conmigo las dos,
que os tengo que hablar ¿mas qué
es aquello? (2)

Ines.

El candelero
se me cayó.

Pedro.

¿Qué no estés
nunca, Inés, en lo que haces?

Ines.

Si estoy, señor.

Beatriz.

Oye, Inés,
pues mí padre se recoge
tan presto, haz al punto que
salgan de ahí aquesos hombres
sin que lo llegue á entender
Leonor.

Inés.

No lo entenderá:
mas dime ¿cómo ha de ser?
que mi señor no bajó
con don Juan, por ser cortés
tanto como por cerrar
las puertas.

---

(1) *Vuelven don Pedro é Inés.*
(2) *Deja caer Inés el candelero.*

Beatriz.

Procura hacer
que salgan como pudieren.

ESCENA XIX.

Don Alonso, Moscatel é Inés.

Ines.

Ya por donde salgan sé:
mis aprensados señores,
bien despoblaros podeis.

Alonso.

Vive Dios, que si no fuera,
pícaro, por no sé qué,
que te matára.

Moscatel.

No pude
mas si los vidrios quebré,
que eran vidrios en efecto.

Inés.

Venid conmigo.

Alonso.

¡Ay Inés!
si fuera por tí el secreto,
fuera empleado mas bien.

Moscatel.

No fuera sino muy mal.
¿Qué ahora de humor estés?

Alonso

No puedo conmigo mas,
vamos, mas por no perder
ocasion, toma un abrazo.

Moscatel

Cordero en brazo de Inés,
el hombre le vió mil veces;
pero sola aquesta vez
es el abrazado el hombre,
y el cordero el que lo vé.

Ines.

Salgamos presto de aqui.

Alonso.

¿ Quién dice que nó ?

Ines.

Que aunque
mi señor cerró las puertas,
bien salir los dos podreis :
arrojaos sin que os sientan
por este balcon ; ea pues.

Alonso.

¿ Eso tenemos ahora,
Inés, balconear, despues
de una alacena ?

Inés.

Es forzoso.

Moscatel.

Y diga la tal Ines,
¿ Es muy alto ?

Ines.

Del segundo
cuarto no mas, no aguardeis.

Alonso.

Mas que me quiebro una pierna ;
hombres que enamorais, ved
si estos lances en quien ama
se dejan aborrecer,
¿ en quién no ama, qué será ?
Mal haya quien quiere bien.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

HABITACION DE DOÑA BEATRIZ.

Doña Beatrìz é Ines.

Beatriz.

¿ Qué dices ¿

Ines,

Lo que ha pasado,
porque del balcon habiendo ...

Beatriz.

¡ Ay Díos ! ¿ como , Inés , ha sido ?

Inés.

Los dos luzbeles caido
llegaron con mucho estruendo
unos hombres , pretendiendo
conocerlos ; y despues
repararon , tanta es
de amo y mozo la destreza ,
el uno con la cabeza ,
lo que el otro con los pies.

Beatriz.

¿ Quién , Inés , te lo contó ?

Inés.

Cuanto he referido yo ,
relacíon es de un criado
del galan de pie quebrado ,
como cojo que partió ,
saltó del balcon.

Beatriz.

Y dí ,
¿ quién le vulneró ó le ha herído ?

Ines.

Eso no se ha sabido.

Beatriz.

¿ Doliente en fin , yace ?

Inés.

¿Sí,

pierna y cabeza llevó
quebradas, aunque ya está
mucho mejor.

Beatriz.

¿Quedará
claudicante?

Inés.

Que sé yo
que es claudicante ¿que no
has de perder ese vicio?

Beatriz.

¿Hay demencia? ¿hay tosca igual?
el claudicante no es
hombre de alternados pies,
con que ambula desigual.

Ines.

Ni sé lo que es, ni qué no;
solo sé, de temor llena,
que ha estado herido,

Beatriz.

Su pena,
¡ay de mí! padezco yo.
Un hombre en mi cuarto entró
de mis ansias informado,
resuelto y determinado,
accion fué que me obligó,
al compas que me ofendió,
pues si ofensa el amor piensa,
ser la accion en mi defensa,
la construye obligacion:
luego compatibles son
la obligacion y la ofensa.
Vino mi padre, y aquí
trágica mi história fuera,
si cortés no obedeciera.

los preceptos que le dí:
por mí escondido, y por mí
precipitado y caido,
quedó de otra mano herido;
pues si iguales llego á ver
que sentir y agradecer.
¿cuál será lo preferido?

Ines.

¿Pues qué pena es esta ahora?
¿qué tienes, que triste estás?

Beatriz.

¿Qué quieres que tenga mas?

Inés.

No le gastes á la aurora
las blancas perlas ahora
que ha de hechar menos despues.

Beatriz

¡Ay, Inés mia! ¡ay, Inés!
si tú guardarme quisieras
un secreto, tú supieras
mi tormento.

Ines.

Dile, pues,
que aunque siempre en mi lugar
San Secreto esclarecido,
dia de trabajo ha sido,
le quiero canonizar
y hacer fiesta de guardar.

Beatriz.

Pues si eso ha de ser asi,
yo he de fiarme de ti.
A este galan caballero
agradecer, Ines, quiero
lo que ha pasado por mí;
pero no quisiera que él
sepa; que lo siento yo,
porque ser piadosa hoy, no

es dejar de ser cruel:
á mi obligacion fiel,
y fiel á mi honor, que intente
saber de él, mi fé consiente,
no por él, sino por mí.

Inés.

Claro está que será asi:
¡ay señores! que ya siente.

Beatriz.

Quisiera que te llegáras,
como que de ti salia,
á visitarle, Ines mia,
y de su mal te informáras;

Ines

¿Y qué mas?

Beatriz.

Que le lleváras
una banda, y le digeras,
que tu la ladrona eras
del favor.

Inés.

Está muy bíen:
y haré este papel tan bien,
como tú misma le hicíeras:
dame lá banda y veras
cual mí chinélita anda.

Beatriz.

Yo voy, Ines, por la banda;
pero mira qne jamas
nada á Leonor le dirás.

ESCENA II.

Doña Leonor é Ines.

Ines.

Nada le diré á Leonor:
victoria por el amor,

Leonor.

¿De qué es el contento, Inés?

Ines.

Yo te lo diré despues;
pero primero es mejor,
que rebiento te prometo,
porque en Dios y mi conciencia,
que hizo una diligencia
grande Beatriz de este afecto.

Leonor.

¿Qué fué?

Inés.

Encargome un secreto,
y fué haberme encomendado,
que le cuente de contado,
claro es; pues cuando no fuera
por decirlo, lo dijera
por habermelo encargado.
De Beatris la fantasía
ya don Alonso rindió,
en tal lenguage la habló,
que á pesar de su porfia,
conmigo una banda envia:
en fin, en fin ha de ser
muger cualquiera muger:
por la banda quiero ir,
y pues te lo he de decir
yo, tú no lo has de saber.

Leonor.

Digo que no lo sabré.

ESCENA III.

Doña Leonor y don Juan.

Juan.

Pues ya yo lo tengo oido,
ahora veo que en amor
número hay, pues en rigor,
por no dejarte infeliz.

crece un afecto en Beatriz
cuando ha faltado en Leonor.

Leonor.

¿Pues en mí ha faltado? dí.

Juan.

En tí, Leonor, ha faltado,
que aunque he sufrido y callado
mis desdichas hasta aquí,
fué porque pensé hoy de tí
que averiguarlas pudiera,
sin que á ti te lo dijera;
mas siendo fuerza sentirlas,
no muera yo sin decirlas,
ya que sin vengarlas muera.
Don Alonso por tu gusto
á hablar á Beatriz entró,
ni arguyo ni pruebo yo
si fué justo ó no fué justo,
por escusar su disgusto,
á costa de su opinion,
se arrojó por un balcon,
y yo que en la calle estaba
á esperar en qué paraba
su empeño, fué en ocasion
al bajar, que habian entrado
dos hombres en ella, y yo
me desvié, porque no
les diese el verme cuidado;
estando, pues apartado,
las cuchilladas oí,
y á ellas al punto acudí,
y por presto que llegué,
ya los dos hombres no hallé,
y herido á mi amigo ví.
Mira si de mis recelos
puede haber causa mayor,
pues en su fingido amor,

ví mis verdaderos zelos.
Quien acuchilla ¡ ay de mí!
Leonor, en tu calle ha sido,
y quien sale de tu casa,
bien dice, que en ella pasa
mi agravio por tì y por mì.
Disimular he querido,
como he dicho, hasta llegar,
¡ay Leonor! á averiguar
quien ese galan ha sido;
y viendo que no he podido,
y que son intentos vanos,
porque mis zelos villanos
no murmuren en mi mengua,
quiero que diga la lengua
lo que no han hecho las manos.
Quédate, ingrata, que no,
pues que ya me he declarado,
me has de ver desengañado.

Leonor.

¿No tengo una hermana?

Juan.

No;

que si tú hermana tuvieras
de quien ámores supieras,
no culparla procuraras
ni de burlas ni de veras;
y supuesto que has querido
fingirla un galan, infiero
que ha tenerle verdadero,
no se le dieras fingido.

Leonor.

¡Plegue al Cielo!...

Juan.

No te pido

satísfaciones, Leonor.

Leonor.

Nì estas lo son, que es error,
cuando nunca te ha ofendido.

Juan.

Pues que tú la causa has sido,
deja que muera mí amor.

ESCENA IV.

Salon en casa de don Alonso: dicho y Moscatel.

Moscatel.

Señor, ¿qué tienes? ¿qué es eso?
¿en qué piensas? ¿en que tratas?
¿en qué discurres? en qué
imaginas? dí ¿en qué andas?
¿tú melancólico? ¿tú
divertido? ¿qué mudanza
es aquesta? ¿tan valida
ha sido una cuchillada
contigo? ¿tanto consigue
una herida? ¿tanto alcanza
un balcon, que han acabado
contigo no hablar de chanza?

Alonso.

¡Ay de mí! que no sé, no,
que es lo que siento en el alma;
que es bien y parece mal,
que es gusto y parece ansia.

Moscatel.

¿Tú, señor, no me dijiste,
que no era tan afectada
como don Juan te habia dicho?

Alonso.

Es verdad.

Moscatel.

¿Tú, no la alabas
de hermosa?

Alonso.

Si,

Moscatel.

¿Tú no sientes
que hombres en su calle haya
que acuchillen

Alonso.

No lo niego,
pero tal tengo la causa.

Moscátel.

Luego son zelos.

Alonso.

No son,
que no se me díera nada
que hubiera hombres, como dieran
zelos, y nó cuchilladas:
fuéra de que si yo fui
á verla, fué por burlarla,
de don Juan apadrinado;
y fuera histório muy mala
haberme llevado á ser
él burlado yo.

Moscatel.

En la plaza
un toricantano un dia
entró á dar una lanzada
de un su amigo apadrinado,
y airoso terció la capa,
galán requirió el sombrero,
y osado tomó la lanza;
veinte pasos del toríl
salió un toro, y cara á cara
hácia el caballo se vino,
aunque pareció anca á anca,
porque el caballo y el toro,
murmurando á las espaldas,
se echaron dos melecinas
con el cuerpo y con el asta:
cayó el caballero encima

del toro, sacó la espada
el tal padrino, y por dar
al toro una cuchillada,
á su ahijado se la dió;
y siendo de buena marca,
levantose el caballero,
preguntando en voces altas:
¿saben ustedes á quien
este hidalgo apadrinaba,
á mí, ó al toro? y ninguno
le supo decir palabra.
Aplica ahora: apadrinado
de don Juan, fuiste á la casa
de Beatriz, la suerte erraste,
y nadie á saber alcanza
si era don Juan tu padrino,
ó de Beatriz.

Alonso

Calla, calla,
¡qué mal aplicado cuento.

Moscatel.

Bien ó mal, á Dios doy gracias
de que ya no reñirás
mi amor, pues que ya en la danza
entras tambien.

Alonso.

Si es así,
dime ¿ya que de esta dama
esté un hombre enamorado,
de qué servicio es guardarla?

Moscatel.

Eso no, que no se pierde
tan presto una mala maña. (1)

Alonso.

Mira quien llama á esa puerta.

---

(1) *Llaman dentro.*

Moscatel.

¿Quién es?

ESCENA V.

Dichos é Inés.

Ines.

¿Está tu amo en casa,
Moscatel?

Moscatel.

¡Cielos, qué miro!
¡Inés es esta! ¡Ay ingrata!
viven los cielos que vienes
á verle.

Inés.

¿Pues qué pensabas?
Quiero decir que es verdad, *ap.*
porque lo que mas me agrada,
es dar zelos de poquito;
porque le importa á mi fama
que don Alonso cónozca
que sé cumplir mi palabra.

Moscatel.

Bien honrado pundonor.

Inés.

Quita.

Moscatel.

No has de entrar.

Inés.

Aparta.

Alonso.

¿Quién habla contigo?

Moscatel.

Nadie.

Ines.

Mientes, que alguien es quien habla.

Alonso.

Y muy alguien: Inés mia,
una y mil veces me abraza.

Inés.

Mil veces te abrazo, y una
por pagarte en otras tantas. (1)

Ines.

¡Ay!

Alonso.

¿Qué es eso?

Inés.

Diome un golpe
la guarnicion de tu daga.

Alonso.

No dudo que tu venida
sea á darme vida y alma,
que aunque tú con Moscatel
me respondiste enojada,
en fin sabes que te quiero,
y no has de ser siempre ingrata;

Ines.

Nunca lo fuí yo contigo,
que á la primera palabra
dije que á verte vendria.

Alonso.

Pícaro ¿pues tú me engañas?

Moscatel.

¿Yo, señor?

Alonso.

Viven los cielos,
que he de matarte á patadas.

Moscatel.

Cumpliose el refrán; mas no,
que mandarme baylar falta.

Inés.

En sabiendo á lo que vengo, *ap.*
Moscatel se desengaña,
duren los zelos un poco;

---

(1) *Pellizcala Moscatel.*

Moscatel.

¡Vive Dios que una picaña...;

Inés.

Pícaro, hablad con respeto,
mirad que soy vuestra ama.
A solas quisiera hablarte. *á don Alonso.*

Moscatel.

¿A solas?

Alonso.

Salte allá, y guarda
esa puerta.

Moscatel.

¿Yo la puerta?
Viven los cielos.

Alonso.

¿Qué hablas?

Moscatel.

Que soy leal, y no tengo
de consentir tal infamia,
que por una picarona
esceso ninguno hagas,
y se aventure tu vida.

Alonso.

¿De cuando acá tanto guardas
mi salud Salte allá fuera.

Moscatel

No me saldré si me matas,
que esto conviene á tu vida.

Alonso.

Nunca te he visto con tanta
lealtad.

Moscatel.

Guardéla otras veces
para esta ocasion.

Alonso.

Ya basta. (1)

ESCENA VI.

Don Alonso é Ines.

Alonso.

Ya estás sola; vuelve, Inés,
á abrazarme.

Inés.

Aunque culpada
me has hecho en venir á verte,
por la opinion de mi ama
ha sido, no porque vengo
como dije, por tu causa,

Alonso.

No sé qué quieres decirme.

Ines.

Dirélo en breves palabras.
Beatriz, habiendo sabido
como hubo unas cuchilladas
de donde herido saliste,
à la puerta de su casa
de tu herida condolida,
de tu término obligada,
y de tu salud dudosa,
te envia toda esa banda.
Favor es suyo, aunque ella
me mandó que no llegáras
à saber que te la envia:
con esto á Dios.

Alonso.

Oye, aguarda:
¿ Beatriz se acuerda de mi?
¿ Beatriz siente mis desgracias?

---

(1) *Echale á empellones.*

¿Beatriz me envia favores?
Novedad se me hace estraña.

Ines.

A mí no, porque en sabiendo
que era tu voluntad falsa,
supe que seria dichosa;
que por no acertar en nada,
mas con nosotras merece
quien finge, que no quien ama.

ESCENA VII.

Dichos y Moscatel.

Moscatel.

¡Qué mal descansa un zeloso!
¡Qué mal un triste descansa!
Mis penas veré, que menos
es verlas que imaginarlas.

Alonso.

Inés bella, pues Beatriz
hoy de estremo á estremo pasa;
pase yo de estremo à estremo,
que aunque fineza no haga
de enamorado, de noble
la he de hacer: aqui te aguarda
à que la escriba un papel.

ESCENA VIII.

Moscatel é Inés.

Moscatel.

Él se entra en esotra cuadra;
descanse mi corazon.
Tigre fregatriz de Hircania,
vil cocodrilo de Egipto,
sierpe vil, leon de Albania,
¿tendrá mi lengua razones?
¿tendrán mis lábios palabras
para quejarse de tí?

Inès.

No.

Moscatel.

Pues si voces me faltan,
tengan mis manos licencia
de darte de bofetadas
siquíera.

Inès.

No quiera hacer
tu mano tal, que ya bastan
las burlas, que todo ha sido
por solo tomar venganza;
picon fue.

Moscatel.

Pues los picones,
si juegan, muden baraja,
ó truequen la suerte, dame
los brazos.

Ines.

De buena gana.

ESCENA IX.

Dichos y don Alonso.

Alonso.

¿Qué es esto?

Inès.

Esto es abrazar
en mi tierra.

Moscatel.

Ha sido tanta
la alegria de haber visto
que ya esa fiera se ablanda:
la curíosidad perdona,
si he escuchado cuanto hablas,
que le dí á Inès este abrazo
en albricias de la banda.

Alonso.

Toma Inès, este papel,

que le has de dar á tu ama,
y para ti este diamante.

Ines.

Vivas edades mas largas,
que claro está, que es el Fenix
suegra mentida de Arabia.

ESCENA X.

Moscatel y don Alonso.

Moscatel.

Ea, hagamos, señor cuentas,
que no he de quedar en casa.

Alonso.

¿Por que, Moscatel?

Moscatel.

Porque
amo no quiero que ama,
y que no me acuda á mi
por acudir à su dama.

Alonso.

Bien el haberte sufrido
tantas locuras me pagas.

Moscatel.

Esto ha de ser

ESCENA XI.

Dichos y don Juan.

Juan.

¿Que ha de ser?

Alonso.

Irse quiere de mi casa.

Juan.

? Porque, Moscatel ¿

Moscatel.

Porque
ha hecho la mayor infamia,
la mayor ruindad, mayor
bajeza, mayor...

Juan.

Acaba,
¿qué ha sido?

Moscatel.

Hase enamorado,
mira si tengo harta causa.

Alonso.

En esta locura ha dado,
por haber visto con cuanta
fineza sirvo á Beatriz
por vos.

Juan.

Al amor doy gracias,
que ese cuidado dió fin,
y han cesado ya mis ansias.

Alonso.

¿Pues cómo de aquese empeño
libre estaïs?

Juan.

Como se acaba
hoy mi amor.

Alonso.

¿Pues, y Leonor?

Juan.

Leonor de mi pecho falta,
que como amor es fortuna,
sujeto vive á mudanzas.

Alonso.

Habeis de ir allá conmigo.

Juan.

Yo no he de verla ni hablarla
en mi vida.

Alonso.

Por Beatriz
he de volver á su casa,
y á su calle á hablarla y verla
por la tarde y la mañana,

siendo yo el descalabrado,
y vos la cabeza sana,
¿y no ireis?

Juan.

No, porque herida
mas penetrante y tirana
son mis zelos, porque son
mortal herida del alma.

Alonso.

Pues troquemos las heridas;
que yo primero tomára,
sea mortal ó venial,
tener hoy descalábrada
elalma, que la cabeza;
y esto bien claro se saca
del efecto, pues si curan
en falso una herida, mata,
y á los zelosos dá vida
cualquier cura, aunque sea falsa.

Juan.

En fin, don Alonso, sea
con poca ó con mucha causa,
no he de volver á poneros
en la confusion pasada,

Alonso.

Ni por mí habeis de dejarlo,
que á mi no se me dá nada.

Juan.

Por mì lo dejo y por vos,
porque vuestra herida basta.

Alonso.

De una herída no escarmientan
caballos de buena casta.

Juan.

Yo no he de volver allá,
ni á su calle, ni á su casa.

Alonso.

Pues cuando por vos no sea,
por ver si á saber alcanza
quien me ha herido, he de volver.

Juan.

Cuando importe á vuestra fama,
desde aca fuera podemos
hacer diligencias varias.

Alonso.

Yo mas pretendo, don Juan,
buena opinion con las damas,
que con los hombres y no
es bien que muger tan vana
como Beatríz, de mi piense!...

Juan

Yo sabré desengañarla
de todo.

Alonso.

Don Juan, don Juan,
hablemos verdades claras,
yo he de ir à ver Beatriz.

Moscatel.

Hablára para mañana;
¿ y dira que miento yo ?

Juan.

¿ Si eso os importa, que os falta ?
Id vos muy enhorabuena.

Alonso.

¿ Como, sin que las espaldas
me guardeis vos y Leonor ?

Juan.

Yo no he volver á hablarla.

Alonso.

Esto habeis de hacer por mi;
que no es cosa tan estrañá:
por hacer tercio à un amigo,
volver à hablar á una dama.

Juan.

Por vos, don Alonso, haré
lo que en mi vida pensaba.
Ahora bien, por vos iré;
mas mirad, antes que vaya,
qué hay alacena.

Alonso.

¿Qué importa?

Moscatel.

Que hay balconazo.

Alonso.

Que haya.

Moscatel.

Que hay cuchillada.

Alonso.

Eso nó;
fuera de que si amor traza,
que por sola una mentira
me sucedan cosas tantas,
vengan ya, por ser verdades,
alacena y, cuchilladas.

ESCENA XII.

DECORACION DE CALLE.

Don Diego y don Luis.

Diego.

Ya sabeis la voluntad
con que siempre os he servido.

Luis.

Conozco vuestra amistad,
y sé, don Diego, que ha sido
con fineza y con verdad.

Diego.

Pues no me tengais á esceso
una reprension.

Luis.

No haré.

Diego.

Aquel pasado suceso...

Luis.

¿ Quereisme decir que fué
locura ? Yo lo confieso,
porque haber à un hombre herido
que conmigo no ha tenido
lances de competidor ,
no trae disculpa mejor ;
fuerza es remediarlo , pues
quien lleva ya en sus recelos
perdido el miedo á los zelos ,
no se le tendrá despues.

Diego.

¿Y ahora , que habeis de hacer
de lo que yá se trató ,
pues es cierto , que á saber
vuestros intentos llegó
don Pedro ?

Luis.

¿ Qué hay que temer ?
Deshácese un casamiento ,
siendo santo Sacramento ,
despues que se efectuo ,
¿ y no lo desharé yo
sin efectuarle !

ESCENA XIII.

Dichos y don Pedro.

Pedro.

Atento
á este yelo que me abrasa ,
á este que me yela ardor ,
á lo que en mi agravio pasa ,
y al respeto de mi honor ,
salgo tan tarde de casa.
A don Luis pretendo hablar ,
que mejor es acabar

de una vez con mi rezelo,
que no esperar que un mozuelo,
que es fabula del lugar,
se me atreva: él viene aqui,
¡ cuanto de verle me alegro,
galan y noble ! Este sí.

Diego

Vuestro suegro viene allí.

Luis.

Pues huyamos de mi suegro.

Pedro.

Señor don Luis, informado
de deudos vuestros he estado,
de que honrar habeís querido
mi casa, y agradecido,
como es justo, os he buscado,
para mostrar cuanto estoy
ufano de merecer...

Luis.

Señor don Pedro, yo soy
el que las dichas de ayer
tiene por disculpas hoy:
confieso que me atreví
á tanto empeño, y que fuí
venturoso en tanto empeño,
pues ser de estas honras dueño
por lo menos merecí.
Pero fuí tan desdichado
en estas dichas, señor,
que para tomar estado,
un nuevo empeño de honor
lo ha deshecho y lo ha estorvado.

Pedro.

¿ De honor empeño ¡ Ay de mí !
os retira de esto ?

Luis.

Si.

*

Pedro

¡Pues como, en qué, ¡estoy mortal!
puede á Beatriz estar mal?

Luis.

Que no lo entendeis así;
que de vuestro enojo ha sido
el honor mal entendido;
vos de mis culpas, no.

Pedro.

¿De qué suerte?

Luis.

Porque yo,
señor, habiendo sabido,
que su Magestad, que el cielo
guarde, por sol de esta esfera,
por planeta de este suelo,
con su católico celo
sale aquesta primavera;
y sabiendo como hacia
gente un señor; de quien fui
deudo por ventura mia,
que me honrase le pedi,
con alguna compañia.
Hámela dado, este ha sido
el empeño que he tenido
para no tomar estado;
que el que es marido, y soldado;
no es soldado, ò no es marido.
Si yo volviese, señor,
entonces con mas valor
me podeis hacer feliz,
porque hoy casar con Beatriz
no le está bien á mi honor.

ESCENA XIV.

Pedro.

¡Por qué hoy casar con Beatriz
no le está bien á mi honor.

¡Válgame el cielo! ¡Qué ha sido
lo que he visto y lo que he oido!
Poco siento ¡ay infelíz!
pero afligirme es error;
si en aquel caso consiste
su honor, miente mi temor:
¿qué en fin, cuanto piense un triste
siempre ha de ser lo peor?

ESCENA XV.

HABITACION DE DONA BEATRIZ.

Doña Beatriz é Inés.

Beatriz.

¿Inés, cómo el papel tomaste?

Inés

¿Cómo?
Todo cuanto me dan, señora, tomo.

Beatriz.

Sin duda le dirias
que de mi parte ibas.

Ines.

Desconfias
de mì sin causa, porque yo he callado,
que era tuya la banda, y el recado
callé por tu respeto,
como suelo callar cualquier secreto.

Beatriz.

Pues Inés ¿á qué efecto,
si es asi, me has traido
papel?

Ines.

Vive el Señor, que me ha cojido;
mas yo me soltaré: que le trajera
me dijo, y que si acaso hallar pudiera
ocasion, te le diese:
yo le tomé, porque de mí creyese
cuan de su parte estaba,
que puesto que una banda le llevaba

hurtada, que era tuya, bien creeria,
qué un papel, que es mas facil, te traeria.

Beatriz.

Esa satisfaccion algo me agrada.

Ines.

Aquesto es dar satisfaccion honrada.
Leonor, señora, viene.

Beatriz.

Pues que el papel me vea no conviene.

ESCENA XVI.

Dichas y Doña Leonor.

Leonor.

Bien pudiera yo ahora
decir con mayor causa quíen lo ignora?
¿ qué idioma fué misivo el que en lineado
papel ocultas en tu manga hajado?

Beatriz.

Y yo tambien pudiera
decir, que en vano preguntarlo fuera;
pues quien saber no quiere
lo que quiero decír, saber no espere
lo que callarle quiero.

ESCENA XVII.

Doña Leonor é Inés.

Leonor.

Inés ¿qué es esto?

Inés:

Por hablarte muero.

Leonor.

Dime presto ¿qué ha sido
este papel?

Inés.

¡ Qué poco te he debido!
¿ No aguardáras, siquiera,
á que sin preguntar te lo digera?
que se me hace conciencía te prometo,

la pregunta llevar por un secreto.

ESCENA XVIII.

Dichas y doña Beatriz al paño.

Beatriz.

Mal segura, escuchar desde aqui quiero,
lo que hablan.

Inés.

Fui á verle, y lo primero
le dije, que Beatriz me lo mandaba.

Leonor.

Bien hiciste.

Beatriz.

Y yo mal, pues me fiaba
de quien con Leonor en chismes anda.

Inés.

Lo segundo, en su nombre dí la banda.

Beatriz.

¡Ay infeliz, qué he oido!

Leonor.

En esa cuadra hay ruido.

Inés.

Don Juan es el que ha entrado.

Leonor.

¿Pues cómo, si de aqui se fué enojado,
diciendo que en su vida no me habia
de ver?

Ines.

¿Qué estés tan nueva todavia,
que no sepas que cuando está un amante
diciendo mas furioso y arrogante,
no he de volver á verte, ingrata bella,
es cuando muere por volver à vella?

Beatriz

Ya que à escuchar penas he empezado,
acabe de escucharlas mi cuidado.

ESCENA XIX.

Dichas, don Juan, don Alonso y Moscatel.

Juan.

Pensarás que me han traido
á verte, Leonor, y hablarte
mis zelos por muchos zelos,
perdona el civil lenguage,
son ordinarios de amor,
que asi llevan como traen:
pues nó, Leonor, no he venido
para que me desengañes,
porque el desaire de amor
es hablar en él desaire.
Con otra ocasion he vuelto
á pisar estos umbrales,
porque nunca les faltó
ocasion á los pesares.
Don Alonso, á quien tu hiciste
de Beatriz fingido amante,
sucediéndole en tu casa
con desaire el primer lance,
tanto, que porque no pienses
de Beatriz las vanidades,
que el no volver aqui es
de escarmentado y cobarde,
me ha pedido que le traiga
á verla, ¿ cómo negarle
puedo yo lo mismo á él,
que él no me negó á mi antes?

Leonor.

En notable obligacion
le estais, forzoso es pagarle.

Juan.

El viene, Leonor, á esto,
y porque en aquesta parte

nunca piensen mis desdíchas;
nunca sospechen mis males,
nunca imaginen mis penas,
que fué gana de buscarte,
en la calle me estaré
en tanto que á Beatriz hable;
y de este escrúpulo leve,
y de esta materia fácil
desempeñe su opinion,
su crédito desengañe.
Don Alonso, entrad, y pues
ya el sol, helado cadaver,
agonizando entre sombras
de la noche en brazos yace,
hablad á Beatriz, y ved
que aquí don Pedro no os halle.

Leonor.

Aguarda, don Juan, espera.

Juan.

¿Qué quieres, Leonor, que aguarde?

Leonor.

Desengaños.

Juan.

Son en vano.

Leonor.

Disculpas.

Juan.

Serán en valde.

Leonor.

Tras él iré: don Alonso,
luego vuelvo, perdonadme,
que don Juan está zeloso,
y es fuerza desengañarle.

ESCENA XX.

Don Alonso, doña Beatriz, Inés y Moscatel.

Alonso.

Mas que me voy sin hablar.

á Beatriz.

Moscatel.

No dirás antes;
mas que entramos en aprieto
al pasado semejante.

Alonso.

¿Inés, dime donde está,
para que en tanto la hable
Beatriz?

Beatriz.

Aquì está Beatriz,
escuchando los ultrages
de una vil hermana, de un
falso amigo, de un infame
criado, una criada aleve,
y de un cauteloso amante;
¡que entre Leonor y don Juan,
Inés y Moscatel halle,
sino consuelo á mis penas,
disculpa á mis disparates!
Solo en esta parte intento,
solo quiero en esta parte,
como quejosa ofenderme,
como ofendída quejarme
del mayor de mis agravios,
y no el menor de mis males.
¿Tan pocas las partes son
de mi hacienda y de mi sangre?
¿Tan pocas de mi persona,
decirlo tengo, las partes
que hay, que si un hombre hubiera
que atrevido me mirase,
fuese con fingido amor?
¿Quererme á mì por burlarme?
¿A mì por?...

Alonso.

Beatriz hermosa,

si de tus pesares sales,
tan airosa como ahora,
por pagar finezas tales,
facil es el desengaño.

Beatriz.

¿Cómo el desengaño es fácil,
cuando el quererme es por burla?

Alonso.

Si atiendes, con escucharme.
Tal vez por burla se atreve
uno al mar, sin que presuma,
viéndole jardin de espuma,
viéndole selva de nieve,
que hay peligro en él, y en breve
selva y jardin con horror
le anegan; y así es amor:
luego en placer y pesar,
sino hay burlas con el mar,
no hay burlas con el amor.
Tal vez por burla ó ensayo,
polvorista artificial,
hace un rayo material,
y forja contra sí el rayo,
cuando con mortal desmayo
muere á su violento ardor:
rayo es amor en rígor
contra su artifice, luego,
si no hay burlas con el fuego,
no hay burlas con el amor.
Tal vez desnuda un amigo
la espada para esgrimir
con otro, y le viene á herir,
como si fuera enemigo;
su destreza es su castigo,
y así usar de ella es error;
espada amor en rigor
es, luego desenvainada,

sino hay burlas con la espada;
no hay burlas con el amor.
Tal vez por burla, mirando
doméstica y mansa ya
una fiera, un hombre está
con ella, Beatriz, jugando,
cuando mas la halaga blando,
volver suele á su furor:
fiera es amor en rigor;
luego si ya lisongera
no hay burlas con una fiera,
no hay burlas con el amor.
Por burla al mar me entregué,
por burla el rayo encendí,
con blanca espada esgrimí,
con brava fiera jugué;
y asi en el mar me anegué,
del rayo sentí el ardor,
de acero y fiera el furor:
luego si saben matar
fiera, acero, rayo y mar,
no hay burlas con el amor.

Beatriz.

A ese argumento....

ESCENA XXI.

Dichos y doña Leonor.

Leonor.

¡Ay de mí!
huyendo salió á la calle
don Juan, y mientras le daba
voces, ví entrar á mi padre:
esconderme importa ahora ....

Beatriz.

No, Leonor, porque ya es tarde.

Leonor.

A don Alonso.

Beatriz.

Que hoy
ha de saber cuanto pase
aquí mi padre, y tus engaños
se han de saber.....

Leonor.

Cuando trates
tú decirlo, yo sabré
culparte á ti, y disculparme;
y así, puesto que las dos
corremos el riesgo iguales,
iguales, Beatriz, busquemos
el remedio

Beatriz.

Por mostrarte
á proceder bien, lo haré,
que es fuerza estar de tu parte.

Moscatel.

Alacena como iglesia
pido.

Alonso.

Eso no haré yo, que antes...

Inés.

El entra ya.

Beatriz.

Este aposento
hoy de su vista te guarde.

Moscatel.

Y á mí me guarde tambien.

Alonso.

¡Qué pesados son los lances
de amor hijo de familias!

Moscatel.

Inés, avisa en la calle,
que ya estamos escondidos.

que haya quien nos descalabre. (1)

ESCENA XXII.

Dichos y don Pedro.

¿Tan tarde y no han encendido?
Ház tú que unas luces saquen.

Ines.

Ya las tengo prevenidas.

Pedro.

¡En mi casa tal desaire!
¡A mis ojos tal afrenta!
Cielos piadosos, ó dadme
paciencia, ó dadme la muerte.

Beatriz.

Señor ¿qué tienes?

Leonor.

¿Qué traes?

Pedro.

Tengo honor, y traigo agravios;
aunque miento en esta parte,
que yo no soy quien los traigo,
ellos vienen á buscarme
dentro de mi misma casa.

Leonor.

¡Ay de mí, todo lo sabe!

Beatriz.

¿Pues no me dirás, señor,
de qué esos estremos nacen?

Pedro.

De tus locuras, Beatriz,
que ya es fuerza declararme,
viendo que por tí se atreve
hoy un mozuelo arrogante
al honor de aquesta casa.

Leonor.

Ya no hay cosa que no alcance.

---

(1) *Se esconden.*

Beatriz.

¿Yo, señor?

Moscatel.

Malo va esto.

Pedro.

Sí, pues por tí don Luis hace
desprecios de ella y de mí.

Beatriz.

Convaleciendo vá el lance.

Leonor.

Eso sí, cobre mi aliento.

ESCENA XXIII.

Dichos y don Juan.

Juan.

Un caso bien puede errarse *ap.*
de una vez, pero de dos
la una no le yerra nadie,
no he de esperar á que cierren
las puertas, y despues baje
por el balcon don Alonso;
remediarlo pienso antes:
señor don Pedro, si en vos
hoy la amistad de mis padres
hereda la obligacion
de mi casa y de mi sangre.

Leonor.

¿Qué es lo que intenta don Juan? *ap.*

Beatriz.

Muerta estoy hasta escucharle *ap.*

Juan.

Os obliga en un aprieto
á valerme y ampararme
de vuestra casa á las puertas
me ha sucedido un desaire
con tres hombres, y me importa
no volver solo á buscarles.

Muy bien sé que puedo á vos
atreverme y declararme;
porque sé que es vuestro pecho
el Etna que dentro arde,
aunque cubierto de nieve.

Pedro.

No paseis mas adelante,
que ya sé que es ley precisa
de mi honor y de mi sangre
en esta edad, no dejar
á hombre que de mí se vale.
Vamos.

Juan.

En fin, sois quien sois.
En llevando yo á tu padre,
Leonor, echa á don Alonso.

Alonso.

Estos son los que matarme
quisieron, no me está bien
ir con ellos ni quedarme.

Pedro.

Esperad, que ya es denoche,
que de aquesta sala saque
un broquel, prenda olvidada
de mi mocedad.

Juan.

Sacadle
presto.

Beatriz.

El se ha empeñado mas,
por donde pensó librarse.

Pedro

¿Quién está aquí dentro?

Alonso.

Un hombre.

Moscatel.

Dice bien, porque no es nadie.

el otro que está con él.

Pedro.

Don Juan, pues que yo á ayudarte
iba contra tu enemigo,
obligacion es mas grande
el ayudarme tú á mí
cuando la causa es mas grave:
este hombre ofende mi honor,
y á mí me importa matarle.

Alonso.

Don Juan, de tan grande empeño
la obligacion tuya sabes;
mi vida y la de estas damas
es preciso que yo ampare. (1)

Leonor.

¡Ay de mí!

Beatriz.

Infelice soy.

Juan.

¿Quién vió empeño semejante?

Pedro.

¿Te suspendes?

Alonso.

¿Ahora dudas?

Pedro.

Mas soy bastante á vengarme
sin tí.

Juan.

Tente, don Alonso...
Tente, señor.

Pedro.

¿Pues tú paces
pones?

Alonso.

¿Pues tú contra mí.

---

(1) *Riñen, y don Juan se pone en medio.*

tan viles estremos haces?

ESCENA XXIV.

Dichos, don Luis y don Diego.

Luis, dentro.

Cuchilladas hay en casa
de don Pedro.

Diego.

Mas no aguardes,
estremos, don Luis.

Luis.

Teneos.

Pedro.

Gente viene.

Alonso.

¡Duro trance!

Luis.

¿Qué es esto?

Pedro.

Esto es, don Luis
satisfacer el ultrage
que te oi, pues si no está
bien á tu honor el casarte
con Beatriz, ál mio está bien
satisfacer y vengarme.

Luis.

Ahi verás que no sin causa
traté yo de disculparme,
quizá, por haber tenido
algun empeño en la calle.

Alonso.

Sin duda, que tú me heriste.

Luis.

Es verdad.

Alonso.

Yo he de vengarme.

Juan.

Pues quiere el cielo que asi
hoy mis zelos desengañen,
viva Leonor en mi pecho,
ya es forzoso que la guarde
contra ti.

Pedro.

Don Juan, don Juan,
en aquesta casa nadie
ha de defender mis hijas
sino en quien con ellas case.

Alonso.

Esa palabra te tomo.

Juan.

Pues el remedio es tan fácil,
yo soy de Leonor.

Alonso.

Y yo
de Beatriz.

Pedro.

Fuerza es que calle,
que ya sucedido el daño
nada puede remediarse.

Moscatel.

En fin, el hombre mas libre,
de las burlas de amor sale
herido, cojo y casado,
que es el mayor de los males.

Inés.

En fin: la muger mas loca,
mas vana, mas arrogante,
de las burlas del amor,
contra gusto suyo, sale
enamorada y rendida,
que es lo peor.

Moscatel.

Inés, dame

*

esa mano, si ha de ser
no lo pensemos, y acaben
burlas de amor, que son veras.

Alonso.

No se burle con él nadie,
sino escarmentad en mí:
todos del amor se guarden;
y perdonad al poéta,
que humilde á esas plantas yace.

Efectos de un mal ejemplo.
Elvira portuguesa.
Escuela de la amistad.
Escuela de los jueces.
Español y la francesa.
El que de ageno se viste.
En toas partes cuecen habas.
Es la Chachí.
Españoles sobre todo (2.ª parte).
Espiacion.
Felipe II.
Feria de Sevilla.
Flor de la canela.
Fulgencia ó los maniáticos.
Favorita (La).
Gombela y Suni-Ada.
Gaceta de los Tribunales.
Galan invisible.
Guzman (tragedia).
Gemelos (Los).
Gonzalo de Córdoba.
Hipócrita.
Hipócrita pancista.
Hombre de la Selva negra.
Huérfana de Bruselas.
Huerfanita.
Halifax ó pícaro y honrado.
Hija del Cromwel.
Hijo de Cromwel.
Hijo del emigrado.
Ilusiones perdidas.
Infantes de Lara.
Idiota.
Ingeniero ó la deuda del honor.
Imperio de las costumbres.
Indulgencia para todos.
Ir contra el viento.
Joseliyo y la Serrana.
Juan el Feo.
Juana la Rabicortona.
Juzgar por las aparieneias, ó una Maraña.
Jóven de sesenta años.
Jugador.
Loco de amor.
Lo que son mujeres.
Lo que puede un empleo.
Lugareña orgullosa.
Maton de Andalucía.
Mensajera.
Mérope.
Muerto vivo.
Marido jóven y mujer vieja.
Madre y el niño siguen bien.
Marido desleal.
Mujer celosa.
Mi retrato y el de mi compadre.
Misantropía y arrepentimiento.
Morayma (tragedia).
Muerte de Abel (tragedia).
Mujer por fuerza.
Mujer varonil.
No hay que fiarse de compadres.
Novia tapada.
Numa (tragedia).
Numancia destruida (tragedia).
Novicio.
Opera y el Sermon.
Opresor de su familía.
Opera cómica.
Oscar, hijo de Osiam (tragedia).
Pagarse del esterior.
Para un apuro un amigo.
Parto de los montes.
Polilla de los partidos.
Primo y el Relicario.
Por amar perder un trono.
Pancho y Mendrugo.
Pelayo (tragedia).
Polixena.
Penitencia en el pecado.
Posada de la madona.
Pablo y Virginia.
Padre de familia.
Presos ó el parecido (ópera).
Prueba caprichosa.
Quien será su padre.
Rábula (tragedia).
Raquel (tragedia).
Rey Eduardo.
Ricardo el negociante.
Robo de Elena.
Reconciliacion ó los dos hermanos.
Rocío la Buñolera.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Sofonisba (tragedia).

Secreto de una madre.
Solteron y la criada.
Sal de Jesús.
Tal para cual.
Tonta (La) ó ridículo novio.
Treinta años ó vida del Jugador.
Tio Pablo ó la educacion.
Trapisondas por bondad.
Tercera dama duende.
Too es jasta que me enfae
Torero de Madrid.
Toros del Puerto.
Triana y la Macarena.
Una noche de novios.
Una travesura (ópera).
Urganda la desconocida.
Un año de matrimonio.
Un año despues de la boda.
Un amante aborrecido.
Ultimo de la raza.
Un mal padre.
Un casamiento provisional.
Un quinto y un párvulo.
Un rival.
Un soldado de Napoleon.
Virtud en la indigencia.
Un loco hace ciento.
Vergonzoso en Palacio.
Viajante desconocido.
Vieja y las calaveras, ó la posada.
Virginia.
Viuda de Padilla.
Zenobia y Radamisto.
Y otras muchas.

SAINETES.

Abate y el albañil.
Agente de sus negocios.
Alcalde de la Aldea.
Alcalde justiciero.
Alcalde proyectista.
Alcalde toreador.
Almacen de criadas.
Almacen de novias.
Ama loca y paje lerdo.
Amantes disfrazados.
Amigo de todos.
Amo y criado, y casa de vinos generosos.
Amor abandonado y paje desgraciado.
Andaluzas y manolo.
Anteojo (El).
Aspides (Los).
Astucia de la alcarreña.
Astucia de una criada.
Astucias conseguidas.
Astucia estudiantina.
Astucias desgraciadas.
Avaracia castigada, ó los segundones.
Avaro arrepentido.
A un engaño otro mayor, ó el barbero que afeitó el burro.
Baile desgraciado.
Bellos caprichos.
Besugueras.
Boda de Don Patricio.
Boda del tio Carcoma.
Burlador burlado.
Burla del pintor ciego.
Burla del miserable.
Burla del posadero.
Bandos del Avapies y venganzas del Zurdillo.
Buñuelo (tragedia burlesca).
Botero (tragedia).
Botellas del olvido.
Cada uno en su casa y Dios en la de todos, y no hay que fiar en vecino.
Café (El).
Calceteras (Las).
Calderero y la vecindad.
Callejon de la Plaza mayor.
Careo de los majos.
Casa de abates locos.
Y otros muchos.